

Pío Baroja



SUSAN

Lectulandia

De *Susana*, escrita en París en 1938, afirmó el propio Pío Baroja en una entrevista concedida a *Les Nouvelles Littéraires*: «Esta novela es una broma. Relata la vida de Miguel Salazar, un joven farmacéutico español escapado de la guerra civil, áspero y pesimista, pero que es ante todo un hombre bueno aunque desilusionado de la realidad, sin grandes pretensiones y sin más deseo que vivir en paz. Salazar conoce a una joven parisiense con la cual inicia una *liaison* abandonando su actitud de salvaje. La muchacha es hija de un pintor preocupado de la higiene y de las infecciones provocadas por las moscas, llevándole a rodear a su hija de excesivos cuidados». (El título de la primera edición de la novela fue *Susana y los cazadores de moscas*).

Al escribir *Susana* Pío Baroja muestra su pasión no sólo por París, sino por la cultura y las formas sociales que vienen a España desde el extranjero. Se aprecia el cosmopolitismo del autor y en los rasgos del protagonista podemos encontrar mucho de la personalidad del propio Baroja.

En *Susana*, Baroja muestra su capacidad de convertirse en cronista y crítico de costumbres, y entronca con la literatura clásica por su aceptación del *fatum*, del Destino. «Nada vale la pena de preocuparse. El Destino manda», afirma. En ninguna novela de Baroja como en esta se puede encontrar su ironía, su peculiar sentido del humor, pero también la desesperación ante la realidad y la imposibilidad de gobernar la propia vida. Es una obra que marca como muy pocas la encrucijada de caminos en que se encontraba la cultura española de la época: o el casticismo y la mirada admirativa hacia el propio pasado y las tradiciones, o el cosmopolitismo y la aceptación de la cultura clásica y de las nuevas formas narrativas y estéticas. Baroja apuesta por la última opción y crea una novela que tiene todavía absoluta vigencia.

Lectulandia

Pío Baroja

Susana

ePub r1.0

Artifex 02.09.14

Pío Baroja, 1938
Diseño de cubierta: Artifex

Editor digital: Artifex
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Puesto que tiene usted alguna curiosidad por mí, no me conoce y es amiga de mi hermana, he escrito en la horas en que estoy desocupado estos apuntes para que lo lea y vea como soy.

No haga usted mucho caso de lo que diga mi hermana de mí. Es muy buena, y cree que todos los demás lo son. Ella me pintará cómo un hombre fuerte, generoso y humano, y me adornará con otras virtudes, alguna de las cuales creo que ella posee en alto grado, pero yo no.

En mi vida, por ahora, lo único que tiene algún carácter es la temporada que pasé en París, cerca de año y medio.

Allí me revelé ante mí mismo como hombre un poco fantástico y sentimental, muy distinto en realidad a como soy habitualmente. No sé si fue influencia del medio o si tengo un fondo de sentimentalismo y de fantasía.

No crea usted que, como manchego, me parezco a Don Quijote; tampoco creo ser un Sancho Panza.

Por su carta, me figuro que es usted una persona muy amable y muy bondadosa.

Si tiene paciencia para leer estas cuartillas, usted me juzgará y decidirá si le parece que vale la pena de que me conozca personalmente o no.

II

Empiezo con mi relación. Me llamo Miguel Salazar, y soy hijo de un boticario de un pueblo de la Mancha. He estudiado la carrera de Farmacia con muy buenas notas. No considero esto como una gran cosa, pero así es. Antes de terminarla, murió mi padre en la aldea. La familia tuvo que vender la botica. No había en la casa dinero guardado y me faltaban meses para licenciarme.

Por lo que se dice entre los conocidos del lugar, mi madre, muy bondadosa, tiene pocas condiciones de administración y de ahorro. Gasta todo lo que puede con sus hijos.

La familia había acariciado siempre el proyecto de que yo sustituyera a mi padre, pero no lo pudo conseguir. La titular quedó vacante antes que concluyera yo la licenciatura. Se intentó, por los amigos, una prórroga en la provisión del cargo hasta que me encontrara en condiciones de solicitarlo. Las esperanzas resultaron fallidas, y se nombró a otro farmacéutico en la aldea.

Ya abandonado el proyecto, decidí quedarme en Madrid. Pensé que quizá fuera mejor. En el pueblo me hubiera achabacanado y hubiera hecho, probablemente, una vida demasiado mecánica y ramplona.

Estuve en una farmacia del Centro, con muy poco sueldo; después pasé de regente a una botica popular de la calle Ancha de San Bernardo, en donde ganaba cien duros al mes.

La dueña de esta farmacia, doña Margarita, para los amigos doña Mágina, era viuda de un tipo algo excéntrico, que se había distinguido como persona importante en el partido republicano federal y como aficionado a las corridas de toros.

Soy hombre aplicado, trabajador y, en gran parte, autodidacto. Lo que sé bien, lo he aprendido por mi propio esfuerzo, sin ayuda de nadie, entre ello, la Química y la Botánica; la Química, a fondo. Conozco el francés y traduzco el inglés con facilidad. He ido durante un año a una escuela Berlitz, donde me ejercité, sobre todo, en conversación francesa. Estudié también algo de alemán. Para pedir específicos de uso poco frecuente al extranjero, me servía el saber esos idiomas.

De chico, comencé a dibujar sin maestro, y pintaba toscamente con cierta disposición. Si hubiera disfrutado de libertad y de tiempo, hubiese insistido en pintar al óleo.

En contraste con mi tenacidad para el trabajo, me faltan condiciones para destacarme: no sé hacerme amigos y protectores; soy un carácter un tanto independiente, infantil y tímido; no sé tampoco mentir con gracia, ni darme importancia.

Tengo que enviar dinero a mi madre, con lo cual me encuentro siempre alcanzado

y sin medios. Le mando la mitad de la ganancia, y a veces más.

La familia me dijo hace tiempo que, si lo deseaba, se trasladarían todos a Madrid; yo pensé que la vida en la capital era cara y que mi madre y mis hermanos tendrían que meterse en una casa incómoda y pobre a pasar miserias y apuros. En el pueblo están mejor; por lo menos, con más holgura.

Al principio de colocarme en la calle Ancha, comprendí que hubiera podido resolver mi problema económico casándome con la dueña de la farmacia, con doña Márgara, que era ya fondona, más que cuarentona, teñida de rubio, bastante roñosa, y que me hacía insinuaciones matrimoniales claras. Preferí la vida solitaria y pobre y dedicarme a leer, a estudiar Química y a la pintura.

Suprimía todo lo posible mis gastos. Mi único vicio era tomar café. La austeridad constituía mi norma. No había tenido amores, ni éxito con las mujeres. Estaba acostumbrado a que no me hicieran caso y me consideraran como hombre aburrido.

Naturalmente, no era alegre, y a los veintiocho años tenía ideas pesimistas de viejo. De tipo, creo que soy corriente: alto, más bien rubio, de buen color y con ojos claros. Visto con trajes baratos, comprados en bazares, y no me destaco por nada.

Para mí, durante mucho tiempo, la Química fue mi amor y mi Dulcinea. Tenía libros de esta materia que los leía hasta sacarles la quinta esencia. Constituían mi literatura. Pensaba que, si podía alguna vez dejar la farmacia, me dedicaría a trabajar en un laboratorio químico y a hacer sólo análisis.

Yo me considero hombre de un espíritu sereno, frío, tranquilo. Creo que podría llegar a ser un científico, no de invención, pero sí un trabajador estimable.

En la casa de doña Márgara llegué a preparar específicos con la etiqueta de la farmacia que tuvieron éxito, y fueron recomendados por varios médicos conocidos. El dinamol, la globulina y la hormonina fueron obra mía. Cobré por estos productos mi comisión. La viuda, mi patrona, ambiciosa, pensó que los modestos específicos de su regente no eran cosa mayor y quiso lanzar al comercio algo de gran éxito. Yo le advertí repetidas veces que estos específicos se inventaban y fabricaban en laboratorios de Química de París, de Berlín o de Londres, que contaban con medios a propósito para la investigación y la producción.

—¿Y cómo se pueden conseguir entonces? —preguntó ella.

—En general, se compran —le dije yo—. Además, para explotarlos, hay que gastar una cantidad enorme en propaganda.

Doña Márgara pensó que era cosa de ensayar, y en la primavera de 1936 me dijo, porque tenía en mí gran confianza:

—Oiga usted, Salazar, al fin le voy a enviar con una comisión. Va usted a ir con un cheque de treinta mil francos a París. Compre usted la propiedad de un específico de los que usted vea que pueda tener gran porvenir. Si se necesita más, me telegrafía; yo le enviaré lo que sea necesario. Si no encuentra usted lo que se desea en París, va

usted a Berlín o a Londres.

Yo no había tenido nunca la idea de salir de España; no me seducía el viaje, y hasta me daba un poco de miedo. Estaba contento, o, por lo menos, resignado con mi existencia monótona, y no aspiraba a más. Me hallaba convencido de que no había de tener un momento de suerte en la vida y que vegetaría miserablemente.

Los reparos que puse a la idea del viaje, en vez de convencer a doña Márgara le dieron mayores deseos de realizar su plan.

Probablemente, si hubiera aceptado yo el proyecto con júbilo, ella hubiera sospechado que quería ir a París a divertirme, porque era mujer maliciosa y suspicaz; pero al presentar tantas dificultades, se convenció de que yo seguía siendo el hombre serio, formal y tímido de siempre.

Después, por rutina, repetí constantemente la misma cantinela de que no quería marcharme, y doña Márgara habló al doctor Valverde, contertulio de la farmacia, para que me convenciera.

El doctor Valverde, hombre alto, miope, calvo, burlón, turista y juerguista, estaba de médico en una Casa de Socorro y tenía una pequeña clínica particular en la vecindad. Era un tanto escéptico y cínico.

—Acepte usted, no sea usted tonto —me dijo—. Doña Márgara tiene dinero de sobra, y aunque los específicos que usted traiga no valgan nada, por eso no se ha de arruinar. En tanto, usted se divierte y olfatea un poco lo que pasa en el mundo.

—Pero usted ya comprende, doctor, que eso de ir a París o a Londres, a traer un específico que necesariamente tenga éxito, es una fantasía, porque si esto fuera así, no habría farmacéutico que no se hiciera rico.

—Ya se sabe. Usted no sé preocupe. Le dan ese encargo, usted lo cumple. Usted ni nadie puede tener la seguridad de que un producto farmacéutico haya de tener gran éxito ante el público.

—Así que, ¿a usted no le parece mal la proposición, doctor?

—A mí, no. De esa manera se airea usted un poco. ¿Un hombre como usted, de treinta años, va a vivir siempre como un caracol metido en su concha? Es estúpido.

—Me está usted dando ganas de aceptar el ofrecimiento.

—¡Naturalmente! Acéptelo usted. ¿Qué le da a usted doña Márgara para el viaje?

—Seis mil francos.

—Es poco.

—Para dos o tres semanas, yo creo que bastan.

—Pero usted puede alargar su estancia con cualquier pretexto.

—¿Para qué?

El doctor Valverde quedó maravillado. No comprendía tanta indiferencia para ir al extranjero. Él tenía una curiosidad insatisfecha, aun a pesar de haber viajado por medio mundo.

Yo pensé de nuevo, y me decidí. Envié a la familia el sueldo entero del mes, y con un cheque de treinta mil francos en el bolsillo y los seis mil en billetes para mis gastos, tomé el tren en la estación del Norte de Madrid y me trasladé a París.

Tenía cierta escama, porque me habían dicho algunas de esas personas que están siempre en los secretos que después de estudiar el francés en España, no se entendía casi nada a los parisienses. Yo me encontré con que los comprendía bastante bien y con que me comprendían a mí perfectamente.

Como soy hombre cumplidor, no quise perder tiempo; no hice más que pasar una o dos veces por el centro de la ciudad e instalarme en un hotel del bulevar Saint-Michel, que me recomendaron.

Después visité los laboratorios químicos y farmacéuticos de fama de la capital, y a los ocho días escribía una larguísima carta a doña Mágina explicándole con toda clase de detalles las condiciones y los precios de los específicos que se podían adquirir. Al final de la carta le decía que marchaba a Londres. Estuve allí una semana, y, al volver de nuevo a París, me encontré sorprendido con las noticias de la revolución española.

Esta vez fui a instalarme a un hotel de la Puerta de Orleáns, que me dijeron era barato. Me quedaban tres mil quinientos francos de los seis mil que había sacado de Madrid.

III

Ante un acontecimiento de tal magnitud como la conmoción de España, quedé en un estado de perplejidad. No sabía qué hacer, no conocía a nadie en París. Pensé que la cuestión española sería solamente asunto de días y que valdría más que volver a Madrid en seguida esperar a que la situación política se despejara.

En el hotel de la Puerta de Orleans conocí a un médico y a su señora, que era un hermoso tipo de mujer: alta, rozagante y guapa. Por lo que les oí contar, me figuré que habían salido del pueblo donde estaban, en un momento de pánico colectivo y llevados por espíritu aventurero. El doctor Bidarte creía que la revolución iba a ser larga, de meses o quizá de años.

—¿Y cómo nos las vamos a arreglar? —le pregunté.

—¡Ah! No sé.

—¿Ustedes tienen algún dinero?

—Yo, muy poco, pero ya veremos cómo nos las manejamos para vivir aquí.

Me asombré de tanta confianza. Yo no tenía condiciones para desarrollarme entre la gente. La multitud me espantaba. Carecía en absoluto del talento del hombre del café y de la calle, y no pensaba el que fuera posible para mí una eventualidad buena.

Estaban también en el hotel varios andaluces que habían huido de Málaga, dominada por los rojos, entre ellos un comerciante de frutas. Ninguno sabía el francés; pero, a pesar de esto, se desenvolvían con facilidad allí por donde iban, y, al parecer, todo el mundo acababa por entenderlos.

Al cabo de un mes seguía tan perplejo como al conocer las primeras noticias de la revolución. Escribí a mi familia, y después a doña Marga, preguntándole qué quería que yo hiciese. La patrona no me contestó. El movimiento, por lo que supe después, la cogió en la sierra del Guadarrama, donde había ido a pasar unos días.

El que me escribió fue el regente de la farmacia de la calle Ancha que me sustituía, diciéndome que una partida de milicianos había ido a buscarme a la botica, sin duda para darme un disgusto porque me consideraban reaccionario.

Me asombré de que alguien se ocupara de mis ideas políticas, porque nunca me había manifestado político. Decía, en broma, cuando me preguntaban:

—¿Qué ideas tiene usted?

—Yo soy químico.

Recapacitando sobre ello, se me ocurrió pensar que debía de tratarse únicamente de alguna rivalidad de oficio.

Después me dijeron que muchos farmacéuticos y dependientes de farmacia se habían afiliado a sociedades revolucionarias extremistas. Me chocó, y deduje que se estaba en una época en que las cosas más inverosímiles eran posibles.

Al principio había creído, como he dicho, que la revolución sería solamente cuestión de días o de semanas; luego supuse que sería cosa de meses. Leía los periódicos que caían en mis manos con atención, comentando interiormente todas las informaciones. De casa no tenía noticias.

Como soy hombre modesto y poco aficionado a gastar, y el dinero iba disminuyendo, pensé en buscar un alojamiento económico.

Una mañana, al bajar a la portería del hotel, encontré en mi número del casillero una carta de mi familia, y para no subir los siete pisos hasta mi cuarto, porque el ascensor estaba parado, me metí en el escritorio a leer la carta y con la idea también de contestarla. Estaban todos buenos y en el pueblo no pasaba nada. Fui a buscar un pupitre vacío, y me senté. Escribí la carta, y, al terminarla, miré alrededor, y vi que había una mujer que sollozaba con la cabeza entre las manos. Me acerqué a ella.

—¿Es que está usted enferma? —la pregunté—. ¿Quiere usted que avise a alguno?

—No, es inútil. Muchas gracias.

—Entonces, dispense usted. No he querido molestarla, ni le he preguntado qué le pasaba por pura curiosidad.

—Ya lo veo. ¿Es usted extranjero?

—Sí, soy español.

—¡Ah! Español. ¿De dónde?

—Vivo en Madrid.

—Yo también vivía en Madrid, y cuando salí este verano para las vacaciones, no pensé que ya no volvería.

—¿Y qué le ha pasado a usted? ¿Ha recibido usted malas noticias?

—Sí, a un amigo, al único que tenía allí, le han sacado de su casa y le han fusilado en una carretera. ¡Dios mío, qué horror!

Aquella mujer tenía un tipo distinguido. Era una francesa que había sido institutriz en Madrid, donde había vivido muy bien, según ella. Hablaba mal el castellano porque, según dijo, en la casa aristocrática donde estaba no querían que hablara español. Ella y yo nos contamos nuestras respectivas cuitas. La pobre mujer buscaba una colocación. Yo no supe qué consejo darle.

La institutriz me dijo que una amiga suya, que estuvo muy cerca de la miseria, había ido a vivir a un hotel barato, de pobre aspecto, en el que, al parecer, no se encontró tan mal. A ella le daban horror estos pequeños hoteles. Me dio las señas, y fui a verlo.

Se llamaba el Hotel del León de Plata, y se hallaba en una calle larga, negra y tortuosa, que iba del bulevar Jourdan al bulevar Saint-Jacques. La calle tenía por nombre calle de la Tombe-Issoire. El hotel era una casucha que hacía esquina y que estaba cerca de un viaducto por donde pasaba un tren. Tenía ventanas cuadradas y

pequeñas de aire antiguo y un mirador de madera estropeado. En el bajo había una taberna con su letrero: «Flachat-Vinos».

El sol no daba casi nunca en la casa; quizá sólo en el verano. Esto no me importaba nada. Soy poco heliófilo. Lo que sí me molestaba era el olor, como a pobre, que había desde el portal a las habitaciones.

El cuarto que me mostraron valía poco, pero era muy barato y daba a la calle. Tenía un papel verde lleno de composturas; la cama, un lavabo, dos sillas y un sillón desvencijado. Todo era viejo y polvoriento.

Me trasladé en seguida. La dueña del fonducho, una buena mujer, trabajaba constantemente. El patrón era un meridional, hombre de malas pulgas, de cincuenta a sesenta años, de bigote y barba grises. No había más que seis cuartos y siete huéspedes: dos mujeres, madre e hija, las dos esqueléticas, pálidas y malhumoradas, que ocupaban la misma habitación; tres empleados, uno de una fábrica, el otro del hospital Cochin, otro de una funeraria, y un borracho: que era comisionista de licores.

La vieja, con un vestido descolorido, un sombrero grande, una bolsa en una mano y un bastón en la otra, solía salir por la mañanas a hacer compras. Me dijeron que esta vieja, de aspecto famélico, era prestamista, y que, con su aire pobre y miserable, tenía mucho dinero en el Banco y una posesión magnífica en los alrededores de París.

En la casa no había criados, y los cuartos los arreglaban entre la dueña y un hombre que tenía aire de señor y que, por las mañanas, con un delantal verde, con su peto y su mandil, frotaba el suelo de las habitaciones, de las escaleras y del pasillo, y luego se iba a pasear hecho un caballero.

En la taberna, el señor Flachat tenía un muchacho rubio y sonriente.

Uno de mis vecinos de cuarto soñaba alto y, a veces, daba unos gritos desesperados, que me despertaban, a pesar de no tener yo el sueño ligero.

«¿Quién será ese tipo? —pensaba—. Seguramente no es un hombre de fiar. Aunque, ¿quién sabe? Quizá sea un infeliz.»

Al parecer, el hombre que gritaba en sueños era el empleado de la funeraria, Vacher de apellido, que, sin duda, no se acostumbraba a su oficio lúgubre. Con la idea de que aquella gente del hotel era sospechosa, antes de acostarme cerraba la puerta y la atrancaba.

El comisionista borrachín, los días de fiesta, armaba, de noche, grandes trifulcas, discusiones y escándalos de voces y de patadas en la taberna, escándalos que concluían indefectiblemente con la intervención del patrón, el señor Flachat, que cogía al borracho del cuello y le echaba a la calle, dándole, además de propina, algún empujón, o algún puntapié en el trasero.

El empleado de la funeraria, Vacher, me dijo una vez que en el cuarto que ocupaba yo se había suicidado, hacía meses, una vieja, y que se aseguraba que se aparecía su fantasma. Esto hacía que la habitación fuera tan barata, porque la gente

que lo sabía se espantaba de la perspectiva de la visita nocturna del espectro y no quería ocupar aquel cuarto.

Yo me encogí de hombros.

—Sí, para un español, eso no debe de tener importancia —dijo el funerario, convencido, sin duda, de que los españoles, en su desesperación y en su cólera, no tenían miedo a nada.

Vacher, el funerario, por lo que supe después, hombre de capacidades múltiples, ejercía también de barbero y tocaba el clarinete en las orquestas de los merenderos de las afueras los domingos. Le llamaban de apodo el Marquesito. Como era, sin duda, hombre de gustos misteriosos y folletinescos, me dijo que se aseguraba que en la casa había un subterráneo que terminaba en una galería que comunicaba con las Catacumbas. Siempre se había hablado, según él, en la calle, del pozo de la Tombe-Issoire.

Él había oído decir que por toda aquella parte de París había mucho subterráneo de antiguas canteras.

Pasé en aquel hotel bastantes meses. Estaba el menor tiempo posible en casa. El sitio me parecía triste. Además la patrona solía poner ropa a secar en los cuartos de los huéspedes, y ello era más incómodo que el posible espectro de la vieja suicida. Vivía en la calle y llevaba un libro para leer al jardín de Luxemburgo.

La dueña del hotel, que solía charlar conmigo, me prestó las Causas célebres de todos los pueblos para que me entretuviera; cuatro tomos, con láminas. Allí leí los crímenes de Lacenaire y de Papavoine, los errores judiciales de Calas y del correo de Lyon, los envenenamientos de la Brinvilliers y el proceso de la cámara ardiente.

Por la mañana tomaba medio litro de leche con pan. Al mediodía comía en cualquier restaurante o taberna del barrio, por seis o siete francos, y por la noche me contentaba con dos plátanos o una manzana.

Al comenzar el frío, la patrona, *madame* Flachet, me dijo que podía tomar la leche caliente en la taberna de abajo sin que me costase más; así que, para desayunar, solía ir por las mañanas a la taberna. Se reunía allí gente, la mayoría pobre, obreros medio mendigos; algunos, vestidos con harapos. Estos tipos de la taberna eran discutidores y charlatanes, vanidosos e inofensivos. Había también traperos y revendedores de la calle de Mouffetard. Hablaban en una especie de argot muy expresivo, lleno de interjecciones y de juramentos y no muy difícil de entender.

A veces reñían, y las caras pesadas, con aire sombrío y de mal humor, se iluminaban por la cólera o por la ironía.

Un hombre que me llamaba la atención era un viejo derrotado, con melenas y barba larga y blanca. Le encontraba un tipo de eslavo o de tártaro. Al parecer, por lo que se contaba, había sido profesor de un colegio, y era persona culta. Desde hacía tiempo no tenía trabajo. Le habían ofrecido meterle en un asilo, pero se negaba a ello,

y prefería, según decía, morir en la calle.

Cuando le hablaban se quedaba mirando al interlocutor con sus ojos azules y un aire vago, como si no comprendiera bien lo que le decían, y, al cabo de un momento, murmuraba palabras confusas entre dientes.

Algunos días le vi en la calle renqueando, apoyado en el bastón, y le seguí durante algún tiempo. Otras veces le distinguí a la puerta de la iglesia de Santo Domingo, de la calle de la Tombe-Issoire. Sin duda esperaba el que alguna persona rica le diera una limosna.

Debía de ser terrible la vida de aquel hombre. Solo, viejo y abandonado en una gran ciudad.

Comparaba su pobre existencia con la de algunos mendigos del pueblo donde había vivido yo en la Mancha, y pensaba que era mucho mejor la de éstos.

Cuando veía al viejo recostado en la pared de la taberna, el gabán abrochado hasta el cuello, el sombrero blando y sin forma, la mirada vaga, fumando una pipa corta de barro, me entraba el terror.

«Quizá acabe yo lo mismo que él», me decía.

Hice por entonces varias tentativas de buscar trabajo. Leía las planas de anuncios de los periódicos por si encontraba alguna proposición aceptable. Iba a enterarme. En todas partes aparecía oculta la estafa o la explotación más cínica. Estuve también en una escuela Berlitz, sin resultado.

A veces me sentía muy deprimido, cansado y sin ganas de hacer nada. Las botas se me iban rompiendo, los botones de la camisa y del traje comenzaban a soltarse, con una unanimidad desagradable, y la ropa se iba llenando de manchas. Empecé a coser los botones, cosa no muy difícil, y como el traje no había manera de limpiarlo, decidí llevarlo a una tintorería próxima de la misma calle. Tenía esta tintorería un patio negro, del que salía un arroyo de colores.

El tintorero habló conmigo. Era judío, se llamaba Samuel David, y decía con orgullo que era de una familia de marranos de España. Me extrañó su satisfacción al decir esto.

El judío me habló de un comerciante de colores, químico, donde se proveía él.

Al oírle se me ocurrió pensar que no había acudido a ninguno de los laboratorios a donde fui por la cuestión de los específicos de doña Mágina. Me avergonzaba un tanto el no haber contestado nada a sus proposiciones; pero luego me dije que la cosa estaba legitimada por los acontecimientos de España. Efectivamente, cuando marché a los distintos centros se dieron cuenta de la razón del silencio y se explicaron que las gestiones no hubieran terminado en algo práctico.

Allí donde vi simpatía expuse mi situación difícil, y en una de aquellas oficinas me propusieron traducir prospectos y anuncios de productos farmacéuticos del francés, del inglés y del alemán al español, añadiendo mi opinión sobre ellos. No

sabía yo más que muy poco alemán, pero acepté y pensé que, en último término, y si no podía hacer una versión mediana ayudándome de un diccionario, iría a ver al doctor Bidarte, que había estudiado en Berlín. Con mis conocimientos de Química y Terapéutica podía hacer observaciones y comentarios oportunos y discretos.

Hice la prueba, y en la oficina encontraron que la traducción de los distintos idiomas era correcta, y las notas, científicas y claras. Me dieron nuevos encargos. Con ellos, y trabajando seis o siete horas diarias, podía llegar a conseguir de novecientos a mil francos al mes. Era para vivir pobremente; una explotación descarada.

Ganaba menos que un peón de cualquier oficio manual y hasta que algunas criadas; pero si me hubiera presentado entre un grupo de obreros, me hubieran llamado miserable burgués.

Aun así y todo, pensaba ahorrar, dejando de cenar algunas noches, no desperdiciando nada.

El carácter de combate que pensaba dar a mi vida contra la adversa suerte me parecía casi divertido.

Un día se presentó la institutriz que me había recomendado al hotel donde vivía, en la calle de la Tombe-Issoire. Se llamaba Ernestina y era de una familia de las Ardenas. Me contó su historia, que era un tanto lamentable. Estaba casada y tenía un chico de diez años. Su marido se había enamorado de otra mujer, y, como tenía influencia, consiguió divorciarse. Entonces, ella se fue a Madrid, y, después de tres o cuatro años de institutriz, se enamoró de un médico español y estuvo en relaciones con él. Pero el médico, dejando su profesión, se metió en cuestiones políticas, y, al llegar la revolución, le detuvieron los anarquistas y le fusilaron.

Ella tenía una pensión de su marido, pequeña, pero que le bastaba para vivir; ahora que no sabía vivir sola; necesitaba de alguien que la dirigiera.

—Pues tiene usted una mala condición —le dije yo.

—¿Por qué?

—Porque está usted expuesta a que un sinvergüenza, o un bruto, la explote de una manera indigna.

—Es verdad, pero no se puede cambiar de carácter. Y usted, ¿vive bien aquí, solo, en este cuarto triste?

—¡Qué se va a hacer!

—¡Ah! Nada. El mérito es aceptar la miseria con serenidad.

Después de una larga conversación, Ernestina me dijo que vendría a verme para consultarme y para que le diera consejos.

—Mis consejos no creo que valgan gran cosa —le indiqué yo—; pero si le pueden servir, se los daré con mucho gusto.

Yo dedicaba las horas libres a andar por mi barrio. La calle mía no me gustaba. Era lánguida y triste; los domingos por la mañana había gente en una iglesia próxima, moderna, donde algunos jovencitos vendían a la puerta un periódico monárquico; por la tarde, en los bares y en las tabernas, se oía música de acordeones.

No me entusiasmaba gran cosa la solemnidad del París monumental. No es que estuviera ofendido o defraudado por algo, no; pero no me podía ilusionar.

«¿Qué puede influir en mi el ver una calle bonita o fea? —me decía—. Nada.»

Yo ya sabía que en París era un extranjero corriente y vulgar; no esperaba la más pequeña atención. Por otra parte, no tenía espíritu de turista. No lo había tenido nunca, y el ver iglesias, avenidas, palacios y fuentes no me producía entusiasmo. Tampoco me gustaba andar huyendo de los autos como un conejo entre cazadores.

Yo nunca me he creído un hombre importante; he pensado siempre que no soy nada, y considero lógico y natural que la gente conocida no me tenga simpatía; pero hay veces en que el ambiente no parece sólo de indiferencia, sino de hostilidad.

Mis paseos habituales eran el jardín de Luxemburgo y las calles adyacentes. No llegaba casi nunca al Sena; me detenía en las galerías del Odeón y en los alrededores de la Sorbona, mirando libros y antigüedades en los escaparates. Algunas de aquellas calles del Barrio Latino me agradaban por su aire de recogimiento y de soledad, que indicaban claramente los manchones de hierba en el empedrado antiguo.

Otras calles me gustaban por su carácter popular, como la calle de Saint-Jacques, con sus edificios grandes y negros; luego continuaba por la del *faubourg* Saint-Jacques y el jardín del observatorio. La calle de Vaugirard y las cercanas me parecían muy simpáticas.

La plaza de Saint-Jacques me daba una impresión desolada. Como había sido mucho tiempo lugar de ejecuciones, parece que esto le había dejado como herencia una tristeza permanente. La noticia la sabía por la lectura de las Causas célebres.

En la esquina de la calle del *faubourg* Saint-Jacques y del bulevar Arago estaba la Facultad libre de Teología protestante.

«¿Qué será esto?», me solía preguntar. Allí no veía entrar a nadie.

La calle de Sèvres, con su aspecto viejo, sus hospitales, asilos e iglesias, colegios, tabernas, tiendecillas y la multitud pobretona que hormigueaba en ella, me recordaba la calle Ancha, de Madrid.

También me gustaban las calles del *faubourg* Saint-Germain, sobre todo la de Babilonio, la de Verennes y la de Vaneau, con sus tapias de jardines, por encima de las cuales salían ramas de árbol, donde piaban los gorriones; sitios verdes y tristes por la tarde y completamente desiertos por la noche.

Cuando pasaba, de vuelta a mi barrio, por la calle de Denfert-Rochereau, la antigua calle del Infierno, me parecía por una vía arcaica de una capital muerta. En esta calle del Infierno, en un café, se reunían los cómplices de Orsini, que intentaron matar a Napoleón III. Este era también conocimiento que provenía de las Causas célebres.

Al último, mejor que estas calles abandonadas, encontraba los bulevares exteriores, con su animación suburbana. Sobre todo me gustaban cuando dominaba la niebla del otoño. Recorría la avenida del Maine, tan triste, con sus arcos por donde pasa el tren; el bulevar Arago, más triste aún; el de Augusto Blanqui, y el del Hospital, este último completamente siniestro, en parte por la proximidad de la Salpêtrière.

Al comenzar los días cortos, en que no se podía contar con tiempo seguro, empecé a pasear por el parque de Montsouris, próximo a mi casa, y por los alrededores de éste. Varias veces solía dar vueltas a los cuatro muros, negros y lúgubres, de la prisión de la Santé, cerca de uno de los cuales funcionaba todavía la guillotina con el *monsieur* de París actual, el ciudadano Deibler.

«Esto debe de ser la imagen de la vida —pensaba al contemplar el sombrío

edificio—. Aburrimiento y tristeza dentro, y la muerte fuera.»

A veces también daba vuelta al rectángulo de la clínica de locos del barrio, limitada por la calle de Alésia y por otras tres, una de ellas del químico Cabanis. Por encima de una tapia oscura y alta de aquel cuadrilátero se veían salir tejados y pabellones de ladrillos y ramas de árboles, desnudos de hojas. Pensaba, a veces, que se oían gritos de los locos asilados allí, pero era pura alucinación.

«Hay que acostumbrarse a todo lo malo —me decía—. Nunca se acostumbrará uno lo bastante. Es uno un desdichado.»

La verdad es que la miseria de París tiene un aire aún mayor que la de otras partes, por el contraste con su lujo y su suntuosidad.

Marchando por el parque de Montsouris hacia el centro de la ciudad había, a mano derecha, un taller de una nueva línea del Metropolitano, con unas bóvedas grises de cemento, que parecían, de lejos, bocas de grandes cañones. Me daban siempre una impresión confusa, y tardaba en comprender lo que eran cuando las veía de lejos. Luego, siguiendo por la avenida del parque de Montsouris, hacia la plaza de Denfert-Rochereau, a la derecha y a la izquierda, había taludes verdes de las antiguas fortificaciones; en los de la derecha se veían barracas y filas de vagones abandonados de algún tren, y en los de la izquierda, unas garitas de los depósitos de agua del Vanne.

Había días que llegaban mis paseos a la avenida de los Gobelinos y al bulevar de Port-Royal, donde contemplaba el Hospital de la Maternidad, antigua abadía, ilustrada por Pascal y por los jansenistas; en su tiempo, lugar de devoción, y ahora, sitio decorativo de miseria.

Al volver a casa, al llegar a un bulevar, veía, a mano izquierda, el ramaje descarnado de los árboles y la masa oscura de la Santé, rodeada de una tapia negra con una cornisa gris. A veces, el humo de una gran chimenea se extendía por el cielo, sin color, y le daba un tono más sombrío a la silueta de la cárcel.

Marchaba también por el bulevar Brune adelante, solamente por andar; otras veces iba por el bulevar Kellermann a hacer ejercicio y a ver qué había por allí.

Algunas calles me daban casi miedo. Todavía había en ellas tiendas misteriosas, tabernas ocupadas por gentes desastrosas, o un primer piso con el anuncio, en el balcón, de una comadrona, que consistía en una pintura de una mujer con un niño en brazos. Esto me producía cierto terror, porque me figuraba que en una de aquellas casas no podían desarrollarse más que tragedias oscuras y lamentables.

El parque de Montsouris y sus alrededores me daban una impresión más apacible y provinciana que los bulevares exteriores. Con su lago y sus colinas y sus estatuas, y aquellos taludes verdes de las antiguas fortificaciones de París, tenía un cierto encanto melancólico.

Como no trataba casi con nadie, hablaba solo en paseos.

«Yo me voy a convertir en un chiflado —me decía—. Va uno a tener mala suerte.»

El pesimismo no me sugería más que ideas tristes y negras.

Mi afición a la Química me hacía ir alguna vez a un laboratorio que estaba hacia el León de Belfort. Allí encontré a un joven farmacéutico catalán, Juan Samper, que vivía en la Ciudad Universitaria y tenía una pensión del Gobierno español, desde antes de la guerra, para estudiar Química biológica.

Por entonces, el pensionado se dedicaba a inyectar arsénico a las ratas y a ver después los trastornos histológicos que les producía la ingestión del veneno en el hígado.

Samper me invitó una vez a ir a la casa internacional de la Ciudad Universitaria a tomar café, y me presentó a unas señoritas estudiantes de distintos países y a un escritor madrileño huido de la zona roja de España.

—Estas estudiantes —me dijo el escritor— no tienen nada de ligeras, en el sentido espiritual, ni de poco prácticas. Creo que no tienen romanticismo alguno. Estudian Química, Geometría o Ginecología con la misma indiferencia; lo mismo les da. A pesar de ello, yo, al menos, prefiero estos tipos de mujeres a las damas de Paul Bourget, tan quintaesenciadas y superferolíticas. Estas son más auténticas, más verídicas, y sobre la verdad es donde se puede basar algo de valor.

En la Ciudad Universitaria conocí a varios jovencitos españoles y a cuatro o cinco emigrados, también compatriotas. Uno de ellos era el tipo del parásito, que hacía que le convidara hoy uno y mañana otro; si había que pagar escote, no lo pagaba, y hacía chistes, pero eran chistes de repertorio, no siempre muy graciosos.

El hombre comprendía que su porvenir era negro y que no tendría más remedio que andar saltando de hotel en hotel, sin pagarlo, y dar sablazos a todo el mundo, hasta que acabara de aburrir a sus conocidos.

Este parásito, por lo que contaba, tenía un amigo madrileño, que era un hombre audaz, a quien envidiaba. Desde el primer día se había presentado en un buen hotel, próximo a la avenida de los Campos Elíseos, y se había hecho llamar conde de Murcia y seguía en el hotel, y tenía amigos aristócratas y americanos ricos y se había enredado con una chilena millonaria. Uno de los primeros días, yendo muy bien vestido y muerto de hambre, se había encontrado con un señor, que le invitó a entrar en un café de la avenida de los Campos Elíseos.

—Tome usted algo —le dijo el señor.

—Bueno, tomaré un aperitivo.

El escritor madrileño, ya viejo y cansado, me decía:

—Es uno un poco como el hombre de las multitudes de Edgar Poe. Como yo no tengo muchas condiciones para vivir entre la gente y estoy aquí solo, me esfuerzo en ver si puedo confundirme con la gente, pero no puedo. Ando entre la multitud, miro

una plaza iluminada de noche, pero no hago más que aburrirme, y me encuentro más solo que en mi cuarto.

En unos días que hubo una huelga entre los estudiantes, porque consideraban que en el restaurante de la Ciudad Universitaria se comía mal y caro, fui con Samper, con el escritor madrileño y con otros conocidos suyos a almorzar a una taberna que se llamaba La Cascada de Montsouris.

Era un lugar con un mostrador y una estufa, un armario lleno de botellas, unas cuantas mesas y un techado de madera anejo, como de ventorro, que daba a un jardinillo.

Uno de estos días que comí allí, uno de los muchachos españoles, bromista, me metió un cascanueces en el bolsillo de la chaqueta. Cuando me encontré el pequeño instrumento de hierro al llegar a mi casa, estuve por ir a devolvérselo al amo de la taberna, pero era denunciar a los jóvenes españoles al patrón, y decidí no hacer caso y no pasar más por delante de aquel restaurante.

Cuando vi al jovencito bromista, días después, le devolví el cascanueces y le dije:

—Tome usted, yo no lo necesito. Me parece que los españoles no estamos en el momento de malas bromas.

—Malas, no; quería dejarle a usted un recuerdo. ¿Y qué mejor recuerdo de una Cascada de Montsouris que un cascanueces?

—Estos niños nos van a dar el mal fario —dijo el malagueño comerciante en frutos que conocía yo del hotel de la Puerta de Orleáns con aire de resignación.

Este malagueño me contó que, otro día que marchaban en grupo por la calle del Almirante Mouchez, oyeron en un piso bajo que alguien estaba tocando el acordeón, y entonces, uno de los jóvenes españoles tiró al interior de la casa, desde la calle, por la ventana, una moneda de diez céntimos.

Estas impertinencias no me hacían ninguna gracia; pretendía vivir tranquilamente, sin molestar a nadie. Cuando se terminó la huelga del restaurante de la Ciudad Universitaria, no volví a reunirme con los españoles.

Para tomar café, que era mi único vicio, prefería ir al café de los Deportes, de la avenida del Parque de Montsouris. Comía también allí alguna vez que otra, aunque con más frecuencia iba a una taberna de mi calle o a otra del bulevar Jourdan, de obreros y de pequeños empleados.

Aceptaba sin protesta esta vida pobre y mísera, aunque, a veces, experimentaba un momento de depresión y de melancolía.

«Lo malo es que esto no sea más que el principio», pensaba.

La verdad, no creo que haya hecho nada para merecer tan desdichada suerte. Pensaba luego que la justicia reina pocas veces en la vida y que, como dijo un autor antiguo, no hay más remedio que jugar con el lado que a cada uno le toca en suerte. Yo no soy capaz de arrebatar a nadie su dado para jugar con él.

En el café de los Deportes conocí un día a un mecánico que se llamaba Till Fortuner, cuya especialidad eran los aparatos de precisión.

Una tarde, en una mesa de al lado de donde yo estaba, había tres personas que discutían los acontecimientos de España. Una de ellas aseguró que San Sebastián era Francia; otra dijo que no. El mozo intervino, y, señalándome a mí, indicó:

—Este señor es español, y lo sabrá.

—¡Ah! ¿Es usted español? —me preguntó uno de los tres del grupo, un joven rubio, que tenía cierto tipo británico.

—Sí, yo soy español.

—¿De dónde?

—Vivía en Madrid.

—Y San Sebastián es España, ¿no es verdad?

—Sí.

El tipo rubio era mecánico, hijo de un inglés, y tenía su casa y su taller en la calle de la Vía Verde. Till y yo charlamos, y nos contamos mutuamente nuestra vida, nuestros trabajos y experiencias; Till era hombre simpático, alto, fuerte, con la piel clara y pecosa y una expresión de burla y de sagacidad en los ojos grises. Tenía la ilusión de hacer descubrimientos.

Muchas tardes, desde aquel día, fui al taller de Till Fortuner. Le veía trabajar, y hablaba con el mecánico largamente. El taller no era muy grande, pero estaba arreglado con mucho orden. Tenía un ventanal, que era al mismo tiempo escaparate. En el cristal de la puerta había un anuncio que decía: «Entrad sin llamar.»

Éramos un poco semejantes Till y yo con parecidas inclinaciones. Lo único que nos diferenciaba era que Till tenía una gran afición a los deportes y a jugar al ajedrez; en cambio, a mí, tanto los deportes como el juego de ajedrez, y como la mayoría de los juegos, me parecían muy aburridos.

Fortuner tenía tres o cuatro agentes que le buscaban trabajo, y, cuando lo encontraban, cobraban una pequeña comisión. Uno de ellos era un viejo a quien yo llamaba Víctor Hugo, porque tenía cierto parecido con el célebre escritor francés.

Víctor Hugo era un proyectista y un optimista a prueba de desengaños. Venía siempre con planos en el bolsillo, de grandes inventos, que la mayoría de las veces eran puras fantasías. Cuando Till le demostraba que sus proyectos eran utópicos e irrealizables, decía:

—Bueno, bueno, otra vez acertaremos.

Y se marchaba tan contento y tan sonriente.

Otro contertulio de la casa era un vendedor de papel y de objetos de escritorio, que tenía su tienda en el bulevar Jourdan. Solía llevar libros para que los leyera Till.

El taller de Fortuner fue para mí un gran recurso; veía que no importunaba al mecánico con mi presencia, y muchas veces, cuando le encontraba trabajando con la lima o dibujando un plano, cogía un periódico o un libro, me sentaba y estaba leyendo en un rincón.

En el taller me encontré una tarde con una señora inglesa, arquitecta, que había ideado un aparato para sacar copias exactas de los dibujos, y que lo estaba construyendo Till. Esta inglesa, aún joven, tenía un aire agudo e inteligente, y era, al parecer, gran jugadora de ajedrez, porque ganaba repetidas veces al mecánico, a pesar de ser éste jugador de primera fuerza.

Charlé largo rato con aquella señora arquitecta, que se manifestaba de ideas muy atrevidas, y que unos días después me indicó que era la mujer de un ingeniero polaco y que estaba divorciada.

—Es la moda —repuse yo.

—Me ofende usted diciendo eso —replicó ella.

—¿Por qué? Yo, naturalmente, no voy a creer que usted se haya divorciado por seguir la moda. Supongo que tendrá otros motivos.

—Veo que tiene usted mala idea de las mujeres.

—Poco más o menos, como de los hombres.

Una semana más tarde, un sábado, la arquitecta inglesa nos invitó a Till y a mí a ir con ella y con una estudiante china a una casa del bulevar Montparnasse, en donde tenía su estudio una pintora polaca amiga suya. Primero comeríamos en un bar ruso y luego iríamos a visitar a la polaca.

Nos citamos a las siete de la noche en un café del bulevar Jourdan.

La arquitecta y la china se presentaron con puntualidad.

La china era una mujer alta y sonriente, con un aire un tanto fiero; llevaba un magnífico abrigo de piel amarilla moteado de negro, como de pantera. A mí se me figuró una amazona que debía aparecer con un yatagán o con un sable corto cortando cabezas.

Salimos del taller de Till, llegamos a la Puerta de Orleáns y tomamos el Metropolitano. Bajamos en la estación de Montparnasse, comimos en un bar estrecho, en el mostrador, sentados en bancos muy altos, tomamos café y una copa de vodka. La inglesa me atacaba a mí por mi pesimismo y por mi *spleen*.

—Hay que ser optimista —me decía.

—Sí, está bien si se tiene motivo —contestaba yo.

—Y aunque no se tenga. Si se tienen motivos, ¿qué mérito hay en ello?

—Yo no pretendo tener mérito.

Salimos a la calle, entramos después en un portal próximo, antiguo, grande y destartado, donde silbaba el viento con más fuerza que en el bulevar. Subimos a tientas por unas escaleras oscuras a un estudio lleno de cosas negras, que no se distinguían bien, y, después, por unas escalerillas de madera, a un taller espacioso, iluminado solamente por un quinqué de petróleo.

El local tenía un aire mixto de museo y de prendería. En las paredes había una gran cantidad de cuadros, unos encima de otros, que no se veían más que vagamente, y, en el medio, mesas, sillas, estatuas, fanales de cristal, todo en la mayor confusión y lleno de polvo.

Había también por todas partes telarañas, que, a la luz del quinqué, se veían con sus dibujos geométricos.

La arquitecta inglesa presentó a la pintora polaca a sus acompañantes, a la señorita china, a Till Fortuner y a mí. La pintora era una vieja con aire de momia, con los ojos grises, la piel blanca, la voz muy débil, traje claro de seda y abrigo negro. Al parecer, no entendía bien lo que decían. Al presentarle a la señorita china, advirtió:

—Esto es una broma. Esta señorita no es china.

—Sí, sí —repuso, riendo, la aludida.

—¿De verdad?

—Sí.

—Y este abrigo que lleva usted, ¿es de algún animal de la China?

—No, está comprado en Londres.

—Es muy bonito.

Después, la inglesa presentó a Till, y como le dijera que era medio inglés, la polaca indicó que no le gustaban los ingleses porque eran demasiado prácticos.

—¿Yo tampoco? —le preguntó la arquitecta.

—Usted, sí, porque ha vivido mucho tiempo en Polonia.

—Y, sin duda, me he contagiado de polaquismo, según usted.

—Así lo creo.

Luego me llegó la ocasión a mí, y la vieja me dijo con su voz dulce y cascada:

—Ya sé lo que es usted. Es usted ruso, ¿verdad?

—No, español.

—¡Ah! Español. No he conocido españoles. ¿No quieren ustedes tomar un poco de té? Aunque yo no sé si habrá aquí algún cacharro para hacerlo.

—No se moleste usted. Muchas gracias.

Al cabo de poco tiempo, la pintora volvió a preguntarme:

—¿Así, que es usted ruso?

—No, precisamente ruso, no; pero no cabe duda que podría serlo.

La anciana pintora se levantó, dio unos pasos, y, de la oscuridad en que estaba el taller, vino con un loro, que puso en su falda y que lo acarició con la mano.

—¿Qué le parecen a usted estos pájaros? —me preguntó.

—Yo no sé de ellos más sino que dicen que viven mucho tiempo y que tienen una enfermedad que se llama psicatosis.

—Eso, no, pobrecillos. ¡Qué van a tener esa enfermedad! Si la tuvieran, no vivirían largo tiempo.

—No, evidentemente, no todos los loros la tienen.

Poco después salió de su rincón un viejo gato de Angora y se subió a la falda de la polaca. El loro refunfuñó, como molesto por tal impertinencia. Luego apareció un perrillo de lanas, medio calvo, que se juntó a los otros animales.

Till Fortuner dijo a la señorita china que allí había ratas, porque se las oía meter mucho ruido al roer con los dientes la madera de algún mueble.

—¿Tiene usted ratas aquí? —preguntó la señorita china a la polaca.

—Sí, ¡pobres!, no hacen ningún daño. ¿Es que las tiene usted miedo?

—Los chinos no deben de tener mucho miedo a las ratas —advirtió la arquitecta inglesa—, porque se las comen.

—Yo no he comido nunca ratas —replicó la estudiante china, riendo.

En esto entraron varias personas: un señor de tipo de bohemio, de unos cincuenta años, melenudo, barbudo, vestido de negro, con la corbata flotante; una muchacha morena, de cierto aire meridional, con traje oscuro, y otra rubia, muy sonriente, con la nariz un poco respingona y atrevida, el aire ligero, la boca roja, de dientes blancos, y

el vestido claro.

Hubo presentaciones. El pintor con aire bohemio se llamaba Emilio Roberts. La chica rubia, Susana de nombre, hija suya, archivera, estaba empleada en la Biblioteca del Arsenal. La otra muchacha morena era rumana, estudiaba Química y se llamaba Andrea. Las dos, sentadas en sillas, puestas sobre una tarima e iluminadas por la luz del quinqué de petróleo, tenían en el estudio un aire de apariciones o de figuras de cuadro.

Se generalizó la conversación; la rumana había ido algunas veces a donde solía acudir yo y conocía a Juan Samper. Con este motivo hablamos largo rato. Till Fortuner estuvo charlando con la señorita china y con la archivera francesa.

El señor Roberts se mostró en su conversación atento y galante con la pintora polaca y agrio y enemigo de todo lo que fuera arte moderno o, por lo menos, modernista. Expuso sus ideas pictóricas sobre el cubismo, el superrealismo, la moda, etc.

—Cuando un artista sigue las reglas de su arte sin proponérselo —dijo de un modo doctoral— hace siempre algo que está bien. Ahora, cuando se somete a ellas de una manera deliberada o lucha contra ellas para mostrarse independiente, no llega más que a lo mediocre y a lo aparatoso. Lo mismo les pasa a los frailes y a las monjas. Cuando sienten las reglas de la comunidad porque las llevan dentro, entonces son buenos religiosos; pero si no hacen más que someterse a ellas o protestar contra ellas, tienen el alma llena de escoriaduras y de llagas, que les duelen y les hacen desgraciados.

—¿No tiene usted buena opinión de los pintores modernos? —le pregunté yo.

—No, estos pintores modernos no hacen más que teorizar. Hablan siempre de filosofía, de nuevas dimensiones, de que hay que construir, de que hay que dar la impresión del volumen, y luego hacen cosas bastante malas. La verdad es que, en general, los grandes artistas, los que valen, son mudos y tienen poco o no tienen nada que decir respecto a su arte.

—Tú no debías asegurar eso —le advirtió con gracia su hija.

—Yo no me creo un gran artista, querida.

Se habló después de viajes y de países extranjeros. A las once de la noche se decidió dejar a la pintora polaca y salir a la calle. La arquitecta inglesa le dijo al despedirse de ella:

—Voy a encargarme algo en el bar de aquí cerca para que se lo suban a usted.

—No, si no hace falta —contestó la pintora.

—Sí, sí hace falta. Estoy segura de que desde esta mañana no ha tomado usted nada.

—Es verdad, pero no tengo ganas.

—Pues hay que alimentarse. ¿Qué quiere usted que le traigan? ¿Algo de carne?

¿Un pollo?

—No, no.

—Entonces, caldo o leche.

—Ya que es usted tan amable, diga usted que me suban café.

—Bien, le mandaré también unos bollos; pero no tiene usted que pagar. Yo los pagaré.

—Es usted como una polaca —dijo la vieja, dándole una palmada en la mano—. Me parece, al verla y oírla, que estoy en Varsovia.

Fuimos saliendo todos de aquel estudio al otro que estaba más abajo y era más oscuro; descendimos las escaleras a tientas, cruzamos el portal, en donde parecía que se habían reunido todos los vientos y salimos a la calle. La inglesa encargó en el bar el café para la pintora, y después tomamos todos el Metropolitano en una estación próxima.

Pude observar en el vagón a mis nuevos conocidos. El señor Roberts, de negro, la barba blanca, el pelo entrecano, el sombrero blando y una esclavina oscura, presumía, evidentemente, de artista. Su hija, la señorita archivera, Susana, que, al parecer, sentía gran cariño por su padre, le oía con mucha atención. Tenía ésta los ojos azules verdosos, la cara muy sonriente, amable y expresiva; el pelo rubio, ligero, y el aire un poco delicado y frágil. Yo la contemplaba con admiración. La arquitecta y la señorita china hablaban animadamente. Andrea, la rumana, la que estudiaba Química, discutía con Till Fortuner.

En esto sucedió un pequeño incidente, que a mí me pareció algo ridículo. Una mosca se había colocado en el hombro de la hija del pintor.

El señor Roberts, que llevaba un periódico en el bolsillo, lo cogió, lo dobló con cuidado y quiso matar la mosca dándole un golpe certero. La mosca escapó, y el señor Roberts fue persiguiéndola con ansiedad, lo que hizo reír a todos y dejó un tanto confundida y avergonzada a su hija Susana.

—Usted diría —saltó la china con cierto humor, dirigiéndose a la arquitecta inglesa— que a los chinos no nos dan miedo las moscas y que hasta las comemos.

—¿Se ha incomodado usted por eso que he dicho de las ratas?

—¡Oh, no! Ya sé yo que los pueblos no se conocerán nunca unos a otros. Si ustedes fueran a China oírían decir de los europeos cosas parecidas.

Con la persecución de la mosca, un hombre que iba en el vagón, con aire un poco brutal y vestido de una manera presuntuosa, dijo algo a otro y se rió de la maniobra del pintor de una manera impertinente y descarada.

El señor Roberts, al notario, enrojeció, y exclamó con cierta cólera:

—Este burgués parisiense, ¡qué bruto es! Se cree ingenioso, y es una mula. Se cree práctico, y es, sencillamente, estúpido. Tiene las ideas prácticamente necias; la cara, la sonrisa, el sombrero, el traje, las botas, el impermeable, todo es vulgar e imbécil.

Susana se había levantado rápidamente y se puso de manera que el hombre que había reído no viera ni oyera a su padre.

El hombre se marchó, en la estación de Alésia, hablando alto, bromeando y señalando al que le acompañaba, con el dedo, una mosca en el techo del vagón.

Al llegar a la Puerta de Orleáns salimos todos. La inglesa, la china y la rumana vivían en el pabellón de los Estados Unidos, en la Ciudad Universitaria. Fuimos juntos los demás hasta dejarlas a la puerta de su residencia.

—Y usted, ¿dónde vive? —me preguntó el señor Roberts.

—Yo, en la calle de la Tombe-Issoire.

—¿Y usted? —le preguntó a Till.

—Yo, en la calle de la Vía Verde.

—Vivimos todos cerca. Yo tengo un hotelito en la calle de los Artistas, cerca del parque de Montsouris.

—Pues los acompañaremos a ustedes —dijimos Till y yo.

Yo pude hablar un rato con Susana, que era lo que deseaba. Ella me preguntó noticias acerca de los sucesos de España. Sabía algo de español, lo había estudiado en la Universidad, y, como conocía el latín, podía traducir sin grandes dificultades.

Llegamos los cuatro a la calle de los Artistas, calle corta, estrecha y en cuesta, formada por casas pequeñas y con una escalera de piedra que bajaba a la avenida del Parque. Till y yo nos despedimos del señor Roberts y de su hija, y volvimos hacia nuestras casas respectivas charlando de la gente que habíamos conocido aquella noche.

VIII

Poco tiempo después, un día de fiesta, la institutriz Ernestina me escribió invitándome a tomar el té en su cuarto del hotel de la Puerta de Orleáns.

—¿Está usted mejor? —le pregunté al verla.

—Lo mismo; los médicos no saben lo que tengo. Me dicen que mi enfermedad está en las glándulas. Es fantasía. Mi enfermedad está aquí —y se tocó la frente.

—Todos tenemos algo ahí —le contesté yo en broma— que no podemos resolver, ni siquiera eliminar.

—¿Usted sigue tan prudente?

—Todo lo que puedo. ¿Y usted?

—Ahora voy a estar mejor. Está aquí una amiga mía más joven que yo, a quien conocí en Madrid, y podré verla y hablar con ella. La he citado a la misma hora que a usted, y me choca que no esté ya aquí, porque es muy puntual.

En esto llamaron a la puerta del cuarto, y se presentó la amiga de la institutriz.

Era una muchacha de veinticuatro a veinticinco años, elegante y, al mismo tiempo, con aire triste y melancólico, Ernestina la llamaba, medio en español, medio en francés, Juana Mari. Sin duda era el nombre que le daban en España.

—¿Viene usted ahora de Madrid? —le pregunté a la recién llegada.

—Sí.

—¿Y qué?

—Aquello está muy mal. ¡Qué pena! ¡Yo, que le tenía tanto cariño a ese pueblo! Allí ya no se puede vivir.

—Y aquí, ¿ha encontrado usted algo?

—En la primera estación francesa del tren, al salir de España, hallé un señor aristócrata de París con una familia numerosa, y me propuso llevarme a su casa, darme la comida y la habitación y dos horas libres al día.

—Y un pequeño sueldo, ¿no?

—No.

—Me parece mal. Es como quitarle la crema al pastel de hojaldre, o el adorno al gorrito.

—¡Qué quiere usted! La gente ahora es muy egoísta y se aprovecha de la miseria ajena.

Sirvió el té Ernestina con unos pasteles, y hablamos de la situación de las mujeres solas.

—Hay que casarse —les dije yo.

—¿Casarse sin dinero o sin empleo en París? —exclamó la Juana Mari—. Es imposible, o, por lo menos, muy difícil. Habría que casarse con algún desesperado.

—¿Para qué? —dijo Ernestina—. ¿Para que a los pocos días se marche?

—¡Qué se va a hacer!

—Pues yo no quiero nada que no tenga su mañana. A usted, ¿qué le parece, Miguel?

—Yo no tengo nada de aventurero. Mi oficio ha sido hacer análisis, y me he acostumbrado a contar y a medir todo lo posible; pero comprendo que en la vida hay elementos incalculables.

—¿Quieren ustedes que vayamos a una sala a oír a una cantante antigua? —preguntó Ernestina—. Es una mujer vieja que tuvo en su época un éxito enorme. Yo tengo entradas.

—Lo que ustedes quieran —indiqué yo.

—Bueno, vamos —añadió Juana Mari.

Ernestina entró en un pequeño tocador a arreglarse. Juana Mari, hablando de Ernestina, dijo que hacía una vida demasiado triste y sola.

—Que se case con alguno —dije yo.

—Es difícil. Quizá en su pueblo su familia podría prepararle un matrimonio, aunque lo dudo, porque es gente muy religiosa, y ella está divorciada.

—Entonces no tiene solución.

—Bueno, vamos —dijo Ernestina al salir del tocador.

—¿Hacia dónde?

—Si llueve tomaremos el Metro, y si no llueve, el autobús, en Montsouris. El Metro, los días de fiesta, está muy desagradable.

El suelo estaba mojado, pero no llovía. Llegamos al parque, desierto y envuelto en la bruma. Piaban los gorriones. En la avenida de Montsouris no había casi nadie; algún paseante con su impermeable o su paraguas, el autobús que esperaba en el punto de parada y los autos que pasaban rápidos.

—¿A quién vamos a ver? —pregunté yo.

—Vamos a ver, como les he dicho a ustedes, a una cantante antigua y retirada, estrella fin de siglo, que tenía gran éxito en París hace cuarenta años y que va a cantar sus canciones preferidas.

Cruzamos el Sena, basamos del autobús, recorrimos una calle larga y entramos en la sala de conciertos. Al poco rato se levantaba el telón. La cantante, ya vieja, apareció con un traje vaporoso, y, sin duda, los admiradores que le quedaban la aplaudieron con fervor.

Había sido, según decían, seca y delgada, pero era ya fondona y de gestos pesados.

Comenzó a hablar con una admirable serenidad. ¡Qué confianza en el público, qué gracia y qué cinismo! ¡Qué manera de tratar a la gente! ¡Qué arte de coger al hombre por el lado puramente animal y grotesco, haciéndole al mismo tiempo reír!

—¿La entiende usted bien? —me preguntó Ernestina.

—Bien, no. Muchas frases se me escapan.

Cantó la vieja artista canciones de Béranger y de su tiempo; después, de Musset y de Murger y otras de principio del siglo xx, de los poetas de los cabarets de Montmartre. Había algunas entre sentimentales y picarescas, otras eran francamente brutales.

Los gestos de la cómica vieja eran fáciles, elegantes y atrevidos, a pesar de su senectud notoria.

Salimos de la sala y convidé a las dos institutrices a un café del bulevar. Hablamos de la cómica que acabábamos de ver. No estaban muy de acuerdo en su opinión las dos. Ernestina encontraba bien las canciones de la antigua artista. Juana Mari pensaba que el gusto había cambiado mucho y que aquellas salacidades decadentes ya no interesaban al público. Yo no tenía opinión.

Ernestina propuso después ir a cenar a Montmartre; pero Juana Mari tenía que volver a su casa, y Ernestina y yo tomamos el Metropolitano para la Puerta de Orleáns.

En el laboratorio químico donde solía encontrar a Juan Samper vi repetidas veces a Andrea, la estudiante rumana, y hablé con ella de las personas que habíamos conocido en el estudio de la señora polaca, en el bulevar Montparnasse. La pintora, por lo que me dijo Andrea, era una señora de la aristocracia que se había arruinado. Se decía que, como artista, valía mucho. La pobre mujer no tenía un cuarto; la habían explotado los comerciantes de cuadros, engañándola. El señor Roberts, con aire de bohemia, tenía alguna fortuna; se manifestaba insociable y misántropo. No quería nuevas amistades; era un tanto teósofo y medio budista. Como pintor, creía que la pintura había terminado en el impresionismo. Era viudo y vivía con su hija y con una criada antigua. La chica, Susana, había entrado en el Cuerpo de Archiveros, hacía poco, con el número uno. Era muy inteligente y aplicada. Contaba con un buen destino y tenía un novio que estaba preparándose para entrar en el profesorado. Al oír esta última noticia torcí el gesto y me dije a mí mismo:

«No hay que hacerse ilusiones; olvidemos eso.»

Al hablar, después, de Química con Andrea, demostré, sin duda, que sabía bastante de esto. Me figuré que ella no entendía el fondo de las cuestiones, quizá porque no se había puesto en ello, y le aclaré algunos conceptos. Se mostró un poco sorprendida, y me preguntó, de pronto, si tendría inconveniente en darle una lección alterna. Me pagaría lo acostumbrado. Yo acepté la proposición.

En el comienzo del otoño, una tarde muy tibia en que Till Fortuner, Andrea y yo estábamos, después de almorzar, en el chalet del parque del bulevar Jourdan, pasaron Susana y su padre y se acercaron a nosotros.

—¿No queréis tomar algo? —preguntó Andrea a Susana.

—No, vamos a pasear un rato y a aprovechar el sol.

—Pues iremos nosotros también.

Nos levantamos y entramos en el parque de Montsouris. El otoño había pintado con sus colores dorados y rojizos el follaje de los árboles; había mucha gente. En un apartado para niños, próximo al bulevar Jourdan, jugaban éstos, acompañados de las niñeras. Chicos mayores daban vuelta en el tiiovivo, en una plazoleta próxima al pabellón del parque. Las madres llevaban a sus hijos en sus cochecitos.

Nos acercamos al lago, con su islita, y fuimos bordeándolo desde la cascada hasta la avenida Reille. Cruzaban el agua los patos y los cisnes; en los árboles, llenos de hojas marchitas, piaban bandadas de gorriones.

Por el paseo principal marchaba un coche pequeño lleno de niños, tirado por un borriquillo que dirigía un señor muy serio, con sombrero hongo y un látigo en la mano, con una correa, con el cual, en vez de pegar, acariciaba al borrico.

Como yo iba, al parecer, distraído, Susana me preguntó de pronto:

—¿No le gusta a usted nuestro parque?

—Sí, es muy bonito... Me parece que estoy leyendo el Telémaco.

—Tiene usted razón —saltó el señor Roberts, riendo—. Nosotros, los parisienses, hemos perdido el sentimiento de la verdadera naturaleza.

—Es usted malintencionado —me dijo Susana.

—¿Por qué?

—Por sus observaciones. Este parque y su lago y sus árboles y sus verduras tendrán, quizá, algo de mediocre; pero ¿para qué señalarlo de una manera agria?

—¿Yo lo he señalado de una manera agria?

—Por lo menos, displicente.

—No le haga usted caso —dijo el señor Roberts—. Este parque provincial ha sido, para nosotros, el centro del mundo, y le tenemos cariño; pero, como dice usted muy bien, recuerda el Telémaco. Paseamos todos los días que hace bueno por aquí, y entre mi chica y yo hemos puesto nombres caprichosos a la gente que conocemos de vista. Así, tenemos a la Mujer Fatal, la Ofelia, la Olimpia de Manet, la de Guirlandaio, Grisgris, el Español Romántico, etcétera.

—El Español Romántico, ¿no seré yo? —pregunté a Susana—. Porque yo creo que tengo poco de romántico.

—¿Usted qué sabe? —dijo ella en broma—. Puede usted creer no serlo y serlo.

—¿Y tu novio? —le preguntó Andrea a la hija del pintor.

—Probablemente vendrá por aquí.

Luego, Susana me interrogó:

—¿Y usted no viene a este parque que le recuerda el Telémaco?

—Sí, algunas veces.

—Dijo usted que vivía cerca.

—Sí, en la calle de la Tombe-Issoire. Por cierto —añadí—, que he preguntado varias veces dónde está esa tumba, y nadie ha sabido decírmelo.

—Susana lo debe de saber —dijo Andrea—. En cuestiones de conocimientos sobre París es una especialidad.

—Nada de especialidad.

—¿No lo sabes?

—Sí, sí, lo sé; recuerdo haber leído la leyenda primeramente en un libro cuando estudiaba en el colegio. Me fijé en ella por ser cosa de mi barrio. La leyenda dice que, en tiempos de Luis el Piadoso, Ludovico Pío, París se vio sitiado por veinte mil sarracenos. A estos sarracenos, según cuenta una canción de gesta contemporánea de Felipe Augusto, los mandaba un gigante llamado Issauré, que tenía su campamento en Montsouris. En una novela poco conocida, llamada Del Rey Floro y de la Bella Juana, se sitúa la tumba Issauré en el camino de Orleáns, a las puertas de París; en

otro texto se fija el lugar en el extremo de la rue Saint-Jacques. Issauré quería vengar a un guerrero amigo suyo, muerto delante de Palermo por un soldado de Ludovico Pío, y desafió a todo cristiano que quisiera medirse con él en singular batalla. Un joven, Guillermo de Borgoña, aceptó el cartel de desafío, y se batieron. El gigante y el borgoñón se aprestaron a combatir ante el público. Guillermo iba a ser vencido, cuando una paloma se posó sobre los ojos del gigante sarraceno y le impidió ver a su enemigo. Guillermo aprovechó el momento; desjarretó al gigante y le cortó la cabeza. Ludovico Pío mandó enterrar al sarraceno en una gran fosa y elevó después un monumento en su honor.

—¿Y qué hay de verdad en todo eso? —pregunté yo.

—Es una ficción, como muchas. Al parecer, había aquí un cementerio romano, y la leyenda de la sepultura de Issauré se formó a base de alguna imponente tumba o sepulcro que se conservó largo tiempo. El sitio que se llamaba de la Tumba Issauré está mencionado en los archivos de 1231. Es la prolongación de las calles Saint-Jacques y *faubourg* Saint-Jacques. En esta parte de París se conservó la leyenda y se hizo una canción, que la recitaban los juglares y los peregrinos que seguían el camino para ir a Santiago de Compostela.

—Veo que sabe usted más que Merlín —dijo Till Fortuner—. Le voy a preguntar a usted por mi calle.

—¿Cómo se llama?

—De la Vía Verde.

—Ese nombre es menos legendario y menos romántico. Antiguamente se llamaba del Camino Verde. Era una aldea, una barriada extramuros, que proveía de verduras, de legumbres y de frutas, y fue anexionada a París en la mitad del siglo pasado.

—Soy poco romántico; lo romántico se queda para el español —dijo Till en broma.

—Nunca he tenido esa pretensión —repliqué yo—; no es una aspiración que puedan sentir los que manejan la farmacopea.

—Le preguntaremos a Susana los nombres de las calles de alrededor —dijo Andrea—. Algunas las tiene que desconocer, y la cogeremos en una falta.

—La examinaremos severamente —añadí yo en broma—. Vamos a ver, señorita, ¿quién era el almirante Mauchez?

—Era un marino y un astrónomo —contestó la muchacha con el tono de un chico de escuela que contesta a una lección.

—¿Y Gazan?

—Este era un general francés.

—¿Y Sarrette?

—Un político.

—¿Y Hallé?

—Debe de ser un médico.

—¿Y Dareau?

—Un abogado.

—¿Y Ducouëdic?

—Ducouëdic de Kergoualer era un marino bretón del siglo dieciocho.

—¿Y Alésia?

—Alésia de los Mandubios era una ciudad donde murieron, después de un sitio de varios meses contra los romanos de César, los últimos defensores de la patria gala de Vercingétorix. Era una ciudad importante, a la que llamaban Urbium Máter.

—Señorita, es usted una sabia.

—A esta chica hay que hacerla del Instituto de Francia —dijo Andrea.

—Y cronista de París —añadió Till.

—Muchas gracias, señores y señoras —contestó Susana, haciendo la reverencia.

—Todavía nos falta que nos diga algo sobre este parque de Montsouris —indique yo.

—Montsouris —siguió ella, como recitando la lección— era una aldea que dependía del Ayuntamiento de Montrouge. Estaba antiguamente llena de ventorros, de molinos de viento y de alguna que otra villa particular. Era una barriada siniestra, de la que se contaban crímenes y robos nada telemaquianos. Se llamaba así porque había muchos ratones. Montsouris, Monte ratón, o Monte de los ratones. Otros dicen que su antiguo nombre era Menguesouris o Mangesouris; pero parece más lógico Montsouris. El agua que viene a este parque creo yo que debe de ser del arroyo próximo al barrio que se llama la Biève, a no ser que sea del Vanne. El edificio del Observatorio lo hizo un rey de Túnez para la posición de 1867, y es una imitación de un palacio árabe que llaman el Bardo.

Celebramos los conocimientos de la señorita Roberts, pasamos por delante de la cascada, por el viaducto que cruza por encima de la trinchera del tren de Sceaux y del ferrocarril de cintura y del palacio árabe convertido en Observatorio, con sus pequeños aparatos meteorológicos.

En un pabellón, unos viejos jugaban a las cartas, mientras otros contemplaban el juego; algunas mujeres, sentadas en los bancos, hacían media, mientras los chicos correteaban en la arena.

Volvimos otra vez al lago, y vimos sentado delante de un olmo grande, con unas ramas extensas que se acercaban a la superficie del agua y estaban sostenidas por estacas, a un joven vestido de negro que tenía una cartera abierta, llena de libros y papeles, y que se hallaba enfrascado en la lectura. Era, según dijo Andrea, el novio de Susana. Esta le llamó, y él se levantó al verla.

Susana nos presentó a Till y a mí a su pretendiente, Edmundo. Era un joven pálido y rubio, un tanto enteco y burlón, de estos hombres de gran ciudad que quieren

considerar la vida como una canción grotesca de café-concierto, y para quienes el mérito mayor es hacer una frase o decir un chiste. Edmundo habló mucho, principalmente de política, y se rió de los políticos.

Para él, todo era chusco, y su gran preocupación era decir una gracia. El hombre que se muere en el hospital dejando a la familia en la miseria, el niño que queda sin madre en la calle, la mujer que se suicida tirándose al Sena, no pasaban de ser hechos sin importancia, que servían para decir algo más o menos ingenioso. Esta broma continua, siempre acre, era, a la larga, fatigosa y pesada.

Till no manifestó gran simpatía por Edmundo. Yo tampoco. En mí, quizá era un principio de celos.

Por lo que dijo Andrea, la rumana, el señor Roberts se entendía bien, por el momento, con el pretendiente de su hija; pero no había que fiarse, porque tenía habilidad para dar la boleta a todos los que se acercaban a su hija con la pretensión de llegar a ser su yerno. Edmundo parecía que no tenía más objeto que desilusionarla con sus frases cáusticas. Ella quizá se preguntaba si valía la pena de tener un pretendiente que pensaba casarse como quien cumple un acto más en la insulsa y grotesca comedia de la vida.

Cuando despedimos a Susana y a su padre, le dije yo a Andrea:

—Este joven es tipo de buen aspecto, pero poco agradable.

—¿De buen aspecto? —replicó Andrea—. Para mí no lo es.

—Se puede ser un hombre de un aire vulgar; sin elegancia, y, sin embargo, dar una impresión de persona distinguida —dijo Till.

—¿Y éste, no la da?

—Yo creo que no.

Llegaba el atardecer. El sol parecía desmayarse en el follaje dorado de los árboles. Se oía el ruido de los autos del bulevar próximo; la gente iba saliendo del parque, y el coche de niños, con sus campanillas, se retiraba.

Yo solía verlo pasar por el parque de Montsouris, por el camino próximo al lago, y luego, al anochecer, lo veía cruzar el bulevar Jourdan, camino de las barriadas pobres de Gentilly. Iban dos hombres con él, uno de gorra, que llevaba el asno del ronzal, y otro de gabán y sombrero, que marchaba detrás despacio.

Por Andrea, la rumana, tuve noticias de la hija del señor Roberts, por la que sentía gran admiración, muy próxima al amor. El verme dominado por una pasión amorosa me alarmaba.

«Voy a pasar una temporada desagradable hasta que olvide esto —pensaba—. Ella, al último, no me va a hacer caso, y a mí me va a ser difícil olvidarla. Soy un imbécil. Debía haber cortado antes estas ilusiones.»

Una tarde en que estaba en el laboratorio se presentó Susana y nos invitó a Andrea y a mí a ir con ella a visitar a una ahijada suya que vivía en el Barrio Latino y que era hija de un señor que tenía dos profesiones poco frecuentes: la de disecador de animales y la de preparador de esqueletos para los estudiantes de Anatomía.

Fuimos los tres, paseando por la calle Denfert-Rochereau, al bulevar Saint-Michel. Hacía una hermosa tarde de sol. Al llegar al bulevar Saint-Germain, Susana mostró una casa.

—Aquí dicen que fue muerto Marat por Carlota Corday. Cerca, en un patio del fondo de este corredor, vivía Dantón, y este tribuno hablaba en una sala del antiguo convento de cordeleros, que hoy es un anfiteatro de Cirugía que está enfrente de ese edificio, que es la Escuela de Medicina. La calle se llama así, y antes se llamaba de los Cordeleros.

—¿Fabricantes o vendedores de cuerdas? —pregunté yo.

—No, ni una cosa ni otra; frailes capuchinos, que, como San Francisco, en vez de cinturón, llevaban una cuerda. En ese convento hablaban los dantonianos. El zapatero Simón vivía también en esa calle...

—¡Qué rincón más revolucionario! —dije yo.

Entramos en una calle estrecha y nos acercamos a una casa negruzca que tenía en el piso bajo una tiendecita, con el escaparate con un tigre disecado y varios huesos, calaveras de personas y esqueletos de animales. Subimos, precedidos de Susana, hasta el último piso, y nos abrió una muchacha morenita, de quince a dieciséis años, con los ojos negros y brillantes, que dejó un libro que tenía en las manos y se abalanzó sobre Susana y la besó.

—¿Estabas estudiando? —preguntó Susana.

—¡Bah! Sin ganas.

—Pues eso no está bien.

—Que me den las ganas primero.

Después, la chica nos saludó a Andrea y a mí. El cuarto estaba lleno de animales disecados y de esqueletos.

—¿No le da a usted miedo —le pregunté yo— vivir entre calaveras y huesos de

persona?

—No, me da más miedo tener que estudiar este libro de Física —replicó ella con gracia, mostrando el que acababa de dejar—. La idea de tener huesos de persona cerca es muy macabra, pero se acostumbra una a ella con mucha facilidad.

—A la gente joven no le espanta la muerte; casi más bien le da risa, y un esqueleto le parece algo cómico y risible —dije yo.

—¿Es que usted es viejo? —preguntó ella.

—Sí, bastante.

La chica, Valentina, nos llevó al gabinete de trabajo de su padre, que estaba en un cuarto próximo. El osteólogo-disecador tenía un tipo de sabio, con su aire serio, sus anteojos y su blusa blanca.

Era curioso este cuarto: una gran mesa en medio, armarios de cristal, una serie de cajas llenas de huesos y otras de alambres y tornillos.

Allí armaba los esqueletos y abría las calaveras, relleniéndolas de semillas, que humedecía en el agua, para que, al germinar, desarticularan lentamente los huesos. En un armario profundo tenía quince o veinte esqueletos colgando, con su número correspondiente, lo que daba a aquel rincón un aire un poco siniestro.

El osteólogo-disecador nos habló de su industria, que marchaba mal; no se disecaban animales, no se vendían apenas esqueletos ni huesos.

—Y los huesos, ¿de dónde vienen? —pregunté yo.

—Casi todos me los envían de Polonia y de Portugal.

—¡Qué especialidad más extraña! Se comprende que haya países que vendan naranjas, tomates o mineral de cobre; pero huesos de persona...

—¿Por qué le choca a usted?

—Porque en todas partes hay personas.

—Tiene usted razón —dijo el disecador, y luego preguntó a Susana—: ¿Qué hace tu padre?

—Está bien.

—¿No anda ahora muy neurasténico?

—No mucho.

—¿Sigue preocupándose de las moscas?

—Sí, siempre.

—¡Qué chifladura!

—¡Qué quiere usted! A él también le parece chifladura la afición de usted a disecar animales y a armar esqueletos.

—No es lo mismo, querida amiga. A mí no me parece mal la idea de acabar con las moscas. Soy también de los cazadores de moscas. Ahora que esa preocupación exclusiva me parece una extravagancia un poco absurda.

—¿Y la osteología y la disección?

—Eso es una cosa seria, aunque a ti no te lo parezca. Tú estás amanerada con tus papelotes antiguos y tus estudios históricos.

—¡No nos entendemos nadie!

—Bueno, vamos a pasear al Luxemburgo —dijo Valentina.

Salieron las tres muchachas y yo con ellas, y charlamos largo rato.

—Este jardín era en otro tiempo casi exclusivamente de estudiantes, ¿no es verdad? —pregunté yo.

—Sí, pero hoy parece que a los estudiantes no se los distingue ya de las otras personas.

—Y usted, ¿es español? —me preguntó Valentina.

—Sí.

—¿De dónde?

—De un pueblo de la Mancha.

—¿Como Don Quijote?

—Sí. ¿Ha leído usted esa novela?

—Sí.

—¿Y le ha gustado?

—Sí.

—Tiene usted más sentido literario que yo. Yo he comprendido que está bien; pero a veces me ha aburrido.

—¿Así que es usted castellano?

—Sí, castellano manchego; pero creo que mi apellido es originariamente vasco.

—¿Y lleva usted mucho tiempo en París?

—Unos meses.

—¿Le gusta a usted?

—Sí. Pero al que vive difícilmente y mal, todo le parece desagradable.

—¿Ha estado usted en Londres?

—Unos días.

—¿Y qué le pareció?

—Está bien; pero tiene un aire más disgregado que París. Londres, en realidad, son muchos pueblos unidos. París es más ciudad, única e indivisible. La Geografía ha hecho mucho por París, como por todos los demás pueblos. Es el corazón de Francia, porque aquí confluye todo, y llega a ser también el centro intelectual de Europa.

—Para entusiasmarse con algo hay que estar en una buena situación de ánimo, tener alegría y un poco de dinero; pero usted, Susana, cree que el tener dinero es cuestión de convicciones.

—No, ya sé que no; pero usted, es muy indiferente a todo.

—Yo he leído una frase latina, que no sé si recuerdo bien: *Primum vivere, deinde philosophari*. ¿Es así?

—Sí.

—Pues yo supongo que se podría decir respecto al viajero: primero, vivir; luego, dedicarse al turismo.

—Sí, sí, ya le voy conociendo. Detrás de todo eso encubre usted la mala opinión que tiene de las cosas y de las personas.

—De usted no tengo mala opinión.

—No me venga usted con alabanzas. Tiene usted mala idea de la gente. Cree usted que en el mundo no hay más que egoísmo, hipocresía, ingratitud y malas pasiones.

—¿Y no es verdad? Yo, al menos, es lo que he visto; por un caso de benevolencia o de buena intención, cien, mil, de mala sangre y de envidia.

—¡Me indigna usted!

—¡Qué se le va a hacer! Uno habla de lo que ha conocido.

—¿Es usted habitualmente tan serio? —me preguntó Valentina.

—¿Soy tan serio? No sé. Puede ser. La verdad es que desde hace tiempo no tengo muchos motivos para estar risueño.

—Habla usted bien el francés.

—No, solamente para darme a entender.

—¿Y son los españoles como dicen? ¿Tan fogosos, tan arrebatados, tan enamorados?

—Creo que habrá de todo.

—El señor Solazar —dijo Susana en broma— no parece de esos tipos españoles entusiastas.

—¡Qué sabe usted! —repliqué yo—. Si yo tengo algún entusiasmo, lo guardo o lo oculto todo lo que puedo.

—¿Y por qué guardarlo?

—Cuando no se sabe si se puede tener éxito o no, vale más guardarlo.

—¡Qué prudencia!

—Yo no creía que entre los españoles hubiera gente tímida y apocada, sino más bien audaz y atrevida —dijo Valentina.

—Usted creía que todos éramos tipos como Hernán Cortés, por lo menos.

—Y usted, ¿ha dado serenatas? —preguntó la hija del disecador.

—Yo, no. No sé tocar la guitarra ni cantar. En todas estas artes de adorno soy una nulidad.

—No se queje usted —dijo Andrea—. En cuestiones de Química está usted muy bien. Yo había oído muchas explicaciones sobre teorías de Física y de Química; las estudiaba, pero no me enteraba, y ahora, Salazar me da dos lecciones semanales y empiezo a ver claro lo que antes no veía ni comprendía.

—¿Así que es usted químico? —me preguntó Valentina.

—Sí, en Madrid estaba empleado en una farmacia.
—¡Qué ocupación más prosaica!
—¡Qué quiere usted! Hoy no se puede vivir de dar serenatas.
—¿Y tiene usted familia?
—Madre y hermanos.
—¿En Madrid?
—No, en un pueblo de la Mancha.
—Y el pueblo, ¿es bonito?
—¡Pchs! Regular.
—¿Hay palmeras?
—No.
—¿Y naranjos y limoneros?
—Tampoco.
—Pues ¿qué hay?
—Hay algo de trigo y de centeno y algunas viñas.
—¡Bah! Eso también hay en Francia.
—¡Naturalmente! ¿Por qué no va a haberlo?
—Yo creía que en España todo era diferente y que los hombres estaban un poco locos.
—Sí, todos los hombres estamos un poco locos, menos los tontos.
—¿Usted también?
—Sí, también, ¿por qué no? Yo quizá sea un tanto pesado e insensible.
—No lo creo —replicó Valentina.
—Puede uno ser como el hombre que no sabe dar las gracias amablemente porque no está acostumbrado a recibir favores.
—Me parece que el señor Salazar se está burlando de nosotras —dijo Susana.
—¿Por qué? —pregunté yo.
—Usted ha estado enamorado y ha dado serenatas a su novia, y tiene su guitarra y su capa, y hasta su puñal; pero no quiere decírnoslo.
—Sí, quizá lo lleve en la liga —contesté yo.
—No haga usted caso —advirtió Andrea—. Los parisienses, cuando hablan de otro país, no dicen más que tonterías, y las parisienses lo mismo.
—Pero sabemos hablar —contestó Susana—. Como dijo el maestro Villon: «*Il n'est bon bec que de Paris*».
—Elogiaos vosotras mismas —replicó Andrea—, ya que no os elogian.
—¿Qué culpa tenemos nosotros de que seáis los de los otros países un poco provincianos?
—Por grande que sea París —contestó la rumana—, el parisiense tiene también ideas de provinciano, y da la impresión, muchas veces, de que ve el mundo por un

agujero.

—Acabe usted de desilusionarme —me dijo Valentina.

—¿Cómo?

—Contestándonos a esto. ¿En España no hay raptos? ¿No se rapta a las novias?

—Habrá casos; pero no creo que sean frecuentes.

—Entonces, ¿las bodas se hacen como aquí, con notario?

—¿Y a ti qué te importa eso? —preguntó Susana—. Si eres una chiquilla.

—Es que el matrimonio es una cosa tan mediocre..., y hecha así, con notario, es todavía peor.

—Hablas como si fueras viuda de tres o cuatro maridos.

—¡Bah! Hoy los hombres no tienen más dios que el dinero, y lo demás no les interesa.

—¿Qué cosas dicen estas niñas! —exclamó Susana.

—La verdad nada más. Es lo que se ve. Ahí, en la vecindad de mi casa, ocurre eso, y a nadie le choca. A mí tampoco ya me choca.

Se rieron todos. Pasearon por las avenidas del Luxemburgo y celebraron el color de los macizos de flores del jardín.

—¿Le gusta a usted el teatro guiñol? —me preguntó Susana.

—Sí.

—¿Se representa en España?

—No mucho.

—Aquí, en el jardín suele haber representaciones al aire libre, con un público de chiquillos muy graciosos; pero sólo cuando hace buen tiempo.

Comenzó a anochecer, volvimos a la casa del disecador-osteólogo, nos despedimos de Valentina, y Susana, Andrea y yo marchamos a nuestro barrio.

—¿Qué chica más graciosa!

—Sí, es muy simpática.

Después Susana me preguntó:

—Y usted, ¿sigue viviendo en la calle de la Tombe-Issoire?

—Sí, sigo en ella.

—Aquello debe de ser muy malo.

—Sí; sobre todo, muy triste. No le digo a usted más sino que vivo en un cuarto donde se ahorcó una vieja, y que dicen que se aparece algunas noches su fantasma.

—¿Qué horror! ¿Y cuánto paga usted por el cuarto? Aunque quizá sea una indiscreción el preguntárselo.

—No, no; pago ciento cincuenta francos al mes.

—Es poco; pero creo que quizá se pueda encontrar algo mejor, por el mismo precio, cerca de nuestra casa. ¿Quiere usted que me ocupe yo en ello?

—Se lo agradeceré, a usted mucho.

—Si consigo algo, se lo avisaré. Déme usted las señas de su casa.

Yo se las di.

—Veremos a ver si encontramos algo más alegre para usted.

—Sí, eso no será difícil. El recorrido desde mi casa hasta el Luxemburgo no es completamente para producir optimismo. Primero, la clínica de locos; luego, la cárcel de la Santé, donde guillotinan; después, el hospital Cochin; luego, el hospital Ricord; enfrente de éste, la Maternidad, y un poco más lejos, el hospital de Val de Grâce.

—Ya se sabe que hay hospitales y cementerios —dijo Susana—; pero si se va a pensar sólo en eso, se convertiría uno en un establecimiento de pompas fúnebres.

Fuimos en el autobús hasta el bulevar Jourdan. Andrea quedó en el pabellón norteamericano de la Ciudad Universitaria; yo acompañé a Susana hasta su hotel de la calle de los Artistas, y volví después a casa de Till.

Unos días más tarde, Susana, me escribió una carta diciéndome que fuera a la calle Gazan, enfrente del pabellón del parque de Montsouris, y preguntara en el último piso por la señora Bartas o por su hija Atalia, y dijera que iba de su parte. La dueña me mostraría un cuarto, que alquilaba por ciento cincuenta francos al mes. Más tarde, si me entendía bien con ella y con su hija, podría quedarme en pensión.

Fui en seguida. La señora Bartas exigía que su pupilo se retirase de noche pronto, a excepción, claro es, de algunos días extraordinarios; no diera escándalos y no tuviera visitas de damas jóvenes. El cuarto me parecía muy bien: era ventilado y claro, y daba a una azotea, desde la cual se dominaba el parque. Era una habitación espaciosa, quizá un poco fría. Inmediatamente me trasladé a ella.

En casa de *madame* Bartas vivían madre e hija con una criada antigua. La madre, una señora de más de setenta años, pasaba el tiempo rezando y leyendo libros piadosos y algunas novelas antiguas. Su hija era una solterona de unos cincuenta años, picuda y de ojos claros. Maestra en una escuela del barrio, se manifestaba un poco doctoral y pedantesca.

La señorita Bartas decía que procedía de una familia ilustre de la Provenza. Esta señorita, muy amanerada, muy afectada y con muchas sutilezas, no era tan inteligente como ella se creía. Esto no le evitaba el ser buena persona. Hablaba con frases muy pomposas. La gente reaccionaba de una manera torpe, según ella; no se tenía elegancia ni en el ademán ni en la dicción; la mayoría de las personas no llegaban a poseer conciencia de sus actos, y la sensualidad más baja dominaba el mundo.

La criada era una vieja bretona, con su cofia. Se llamaba Clemencia, y conmigo era muy amable y parlanchina. Según ella, en los pueblos bretones se vivía muy bien. Solamente los borrachos acaban arruinándose; pero, a pesar de esta opinión, ella mostraba cierta afición inveterada a los licores.

En la casa pude trabajar con el máximo de intensidad. Encendía la estufa muy de mañana, me sentaba a la mesa y comenzaba a traducir. Ya parecía que mi vida iba tomando caracteres de fijeza y de seguridad. Algo más, y podía empezar a ahorrar.

Andrea, la rumana, me proporcionó dos lecciones de unas norteamericanas amigas suyas.

Una de ellas era judía, de un tipo extraño, morena y con ojos azules y de un genio violento. Tenía un novio, también judío, que la acompañaba, y reñían a todas horas.

—Le detesto a usted —le decía ella con frecuencia.

La otra muchacha, de origen inglés, católica y rubia, era una Ofelia. Hablaba el francés con una vacilación muy suave y muy simpática.

—Cuando hacía buen tiempo, salía yo a la azotea, y podía ir viendo cómo los

árboles del parque de Montsouris se despojaban de sus hojas, que marchaban volando con el viento, y cómo luego las ramas secas dibujaban un arabesco negro en el cielo gris.

Al anochecer, en los días de otoño ya avanzado, había un aire nebuloso, mezclado con humo de leña, que venía de lejos y tenía un buen olor de campo.

Después durante el invierno, las nubes oscuras iban pasando por el cielo, y bandadas de pájaros cruzaban trazando un triángulo por el cielo gris, y sus graznidos se oían en el aire tristemente. En dirección del centro de la ciudad se veía una serie infinita de tejados entre la bruma, y dos cúpulas azules. Hacia las afueras se extendían las casas bajas de Gentilly, y el alto del fuerte de Bicêtre, con sus árboles, se destacaba en la niebla.

Algún tiempo después de mi traslado a la calle Gazan recibí carta de la familia. Todos estaban bien. Al parecer, mi hermana se casaba y los chicos seguían sus estudios en el pueblo, sin novedad.

Días más tarde, Susana me invitó a tomar el té en su casa.

La señorita Bartas me advirtió que mi indumentaria era un poco insuficiente, y me acompañó a un bazar, donde compré algunas prendas, al parecer, necesarias.

Ya un poco elegantizado, me presenté en casa de Susana. El señor Roberts tenía un estudio magnífico, con cuadros y estatuas de valor. Se veía en él un gusto romántico y una tendencia a lo pintoresco y al orientalismo. Hablamos y me mostró los cuadros, los suyos y los ajenos, y yo di francamente mi opinión sobre ellos.

En el estudio, en compañía de Susana, había dos señoras, *madame* Frossard y su hija.

Madame Frossard, amiga de la casa, era ese tipo de mujer de la burguesía francesa, muy atractiva, muy desconfiada, muy inteligente. Mujeres acostumbradas a hablar con gente culta, que han aprendido lo que saben de viva voz y que tienen el arte de lucirlo y de hablar, y, probablemente, de escribir, con gracia y con ligereza.

La hija de esa señora era una casada joven, cuyo marido, al parecer, tenía mucho dinero. Quedé un poco sorprendido al hablar con ella. Tenía una libertad de lenguaje, un atrevimiento y una coquetería que me dejaron atónito. Vestía, además, con mucha exageración e iba muy maquillada.

Yo sospeché si Susana habría llamado a las dos para que me estudiaran a mí, y con ese objeto habría preparado la entrevista. Ya sobre aviso, estuve de una prudencia excesiva y me pinté a mí mismo como un hombre pobre y sin pretensiones.

Debí de despistar a la señora y a su hija, lo que me hizo reír interiormente.

En mi visita en casa de Susana pude notar la preocupación del señor Roberts por las moscas. El pintor interrumpía su conversación para mirar en todos los rincones por si había algún insecto. Si lo encontraba, cogía una raqueta de tela metálica y de alambre para matarlo.

La señora Frossard y su hija se miraban una a otra con una señal de inteligencia, y sonreían.

La hija de la señora Frossard dijo que tenía que encontrarse con unos amigos en el bosque de Bolonia, y que se marchaba. Su madre se decidió a irse con ella.

—Pero ¿es que son así las casadas jóvenes? —pregunté a Susana.

—Algunas —contestó ella, riendo.

Cuando nos quedamos solos el señor Roberts, Susana y yo, tuvimos larga disertación sobre las moscas.

—La mosca parece que es un elemento de contagio terrible —me dijo el señor Roberts.

—Sí —contesté yo—: el cólera, la liebre tifoidea, la tuberculosis, la peste bubónica, los transmite de una manera indirecta, infectando los alimentos; y la conjuntivitis, la oftalmía y el carbunco los propaga directamente, posándose en la piel o en las mucosas. Es un insecto que vive sobre toda clase de inmundicias y lo contamina todo.

—En fin, que estamos rodeados de peligros —dijo Susana, en broma.

—No hay que reírse, hay que tener un poco de higiene, dar seguridad a la vida —indicó el señor Roberts.

—Preocuparse de eso, me parece una tontería —indicó Susana.

—No, no, eso no —protestó su padre.

—Lo malo es que no se sabe nunca nada definitivo —añadí yo—. Usted habrá oído decir que hay heridas que se curan antes cuando las tocan las moscas.

—Eso es un disparate —refunfuñó el señor Roberts—; aunque fuera verdad, habría que callarlo.

Luego me preguntó:

—Y usted, que es farmacéutico y químico, ¿qué procedimientos sabe usted para luchar contra las moscas?

—Creo que los conocimientos que yo pueda tener los sabe todo el mundo. Lo que no sea social, colectivo, es de poco valor. Porque ¿que vale que en su casa no haya moscas si las hay en la del vecino? Inmediatamente vendrán a la suya. Un sistema que podría dar resultado sería inocularles una enfermedad; pero esto constituiría un gran peligro, porque la comunicarían. Las moscas parece que tienen una gran inmunidad para los microbios que pasan por su cuerpo y por su intestino. A ellas no las atacan, y como los retienen sin que pierdan su virulencia, los gérmenes se propagarían más.

—Pero, individualmente, debe de haber algo.

—Sí, el plato de agua azucarada con arsénico o con formol, una de esas cajas que tienen varias margaritas de paño empapadas en veneno, las raquetas de los norteamericanos, que usted tiene. Uno de los procedimientos que debe de ser eficaz

es el regar con una solución de desinfectante el estiércol de las cuadras, que es donde las moscas suelen poner sus huevos; pero falta que los que tienen cuadras lo quieran emplear.

—Aquí tenemos un vecino que tiene una, y yo he intentado convencerle para que riegue el estiércol con un desinfectante; le he dicho que se lo pagaré, pero esto le parece casi una ofensa.

—¡Qué se va a hacer! La ciencia no llega a la gente, y un procedimiento mágico convence más y hace más efecto que otro científico.

—Es que la ciencia es tan poca cosa...

—Sí, quizá; pero es lo único que hay en la esfera de los conocimientos.

El señor Roberts pensó, sin duda, que habíamos tratado con demasiada extensión el capítulo de las moscas, y me mostró una hermosa biblioteca de libros antiguos y modernos, la mayoría muy bien encuadernados.

—¿Lee usted? —me preguntó.

—No, no tengo tiempo ni libros. Me paso traduciendo siete u ocho horas al día; doy dos lecciones de una hora y después no tengo ganas de leer.

—¿Habrá usted leído el Quijote?

—Sí, claro, pero mal, saltando páginas...

—Pues le voy a prestar a usted una edición en español en cinco tomos pequeños.

El señor Roberts vino con ellos.

Era una edición bonita, con algunas láminas, hecha en París en 1823, en la rue de Tournon, que tenía en el primer tomo el estudio de Pellicer sobre la obra de Cervantes.

Tomé los libros, sin idea de leerlos.

Susana estuvo muy amable conmigo.

—¿Está usted bien en su nueva casa? —me preguntó.

—Sí, muy bien; le agradezco a usted mucho su favor.

—¿Se entiende usted con la señora y la señorita Bartas?

—Sí. La madre es una mujer amable y complaciente; la hija es, a veces, demasiado moralista y predicadora.

No quise decir que, para mí, era una pedantona inaguantable.

El que lo dijo fue el señor Roberts, que caricaturizó a la solterona de una manera agresiva. Después añadió que el hombre que mejor había comprendido el destino de las mujeres era el señor Landrú.

—No he oído hablar de él —dije yo.

—¿De verdad? ¿No sabe usted quién era Landrú?

—No. ¿Quizá era algún filósofo?

—¿Qué edad tiene usted?

—Aún no he cumplido los treinta.

—¡Ah, ya! Y lo de Landrú fue hace diecisiete años. Usted sería un chico, y quizá a su pueblo no llegara la noticia del suceso. Landrú era un asesino cómico y genial. Citaba a algunas pobres mujeres en una casa de campo, y allí las mataba, las robaba y luego las quemaba en la cocina, en el hogar. Yo tengo una caricatura, que otro día se la enseñaré, en que Landrú le dice amablemente al que fue su abogado en el juicio, Moro Giafferi: «Hay que reconocer, mi querido amigo Moro Giafferi, que en ninguna parte está tan bien la mujer como en el hogar.» ¡Tiene gracia!

—Yo no le encuentro ninguna gracia, papá —dijo Susana—; no veo por qué nosotras somos dignas de ser quemadas y vosotros no.

El señor Roberts se rió con malicia, y hablamos después de otras cosas.

—Veo desde mi azotea la ventana de su cuarto, por encima de los árboles del parque —me dijo Susana.

—¡Ah! ¿Sí?

—Sí. Desde su ventana debe de verse también nuestra azotea.

—¡Ah, claro! Pero yo no sé cuál es.

—Pues yo se lo indicaré.

—¿Cómo?

—Hay en nuestra terraza un poste alto con una antena y una bandera francesa; la pondré en ella el primer día que haga buen tiempo.

—Entonces, le voy a hacer una petición, que no sé si le parecerá impertinente.

—¿Cual es?

—Que cuando quiera usted pasear conmigo en el parque, las tardes que tenga libre, ponga usted esa bandera en la terraza.

—Muy bien, así lo haré.

Lo hizo así. No vi, en las primeras tardes que paseé con Susana por el parque, a Edmundo, el pretendiente de la muchacha, lo que me ilusionó y me dio esperanza.

XII

Varias veces Susana puso la bandera en su azotea. Yo esperaba a la hija del pintor entre el Observatorio del parque y el hito o mojón de piedra amarillenta que limitaba en otro tiempo el extremo sur de París.

En este hito ponía: «Reino de...», y debajo una fecha del año con números romanos. Sin duda, durante alguna revolución habían borrado el nombre del rey que gobernaba en este año del siglo XIX. Como decía, en los paseos con Susana, no vi nunca a Edmundo, y no me decidí a preguntarle nada a ella, por ser indiscreto.

A la señorita Bartas, que era amiga de la casa, le hablé del señor Roberts para que me diera datos de él.

—Es un hombre —dijo la señorita Atalia— que está neurasténico. ¡Qué suplicio para una mujer el casarse con un neurasténico!

Yo pensé que seguramente era más suplicio para el que tuviese esta enfermedad que para su mujer.

La señorita Bartas siguió diciendo:

—El señor Roberts es un hombre de una inquietud y de un egoísmo terribles. No quiere que su hija se case, porque se quedaría solo y no tendría quien le cuidara.

—Sin embargo —repuse yo—, Susana tenía, y no sé si tiene aún, un pretendiente.

—¡Bah! El padre se encargará de despacharlo. Roberts, con su egoísmo, se ha aislado de todo el mundo, y pretende también aislar a Susana, que ha vivido durante mucho tiempo en París como en una aldea.

—El debe de ser muy extraño.

—Sí, es una mezcla de aprensivo y de cínico. Todo le asusta: una corriente de aire, una mota de carbón en la comida. Se burla de la moral, y le dice a su chica que él comprende que una mujer joven tenga sus amores y un amante; pero cree que es una estupidez llevar a un zanguango cualquiera a la casa, que viva de la fortuna que tiene él y del sueldo de su hija. ¡Oh! ¡Qué hombres, qué hombres! ¡Qué falta de idealismo y de moralidad! ¡Qué manera más absurda de reaccionar ante la vida!

—A pesar de sus predicaciones, no creo que convencerá a su hija, que es una chica inteligente y que se da cuenta de las cosas.

—Sí, pero con esos ejemplos tan malos, con esas predicaciones, yo no sé qué va a ser de ella. El señor Roberts es un revolucionario. Su verdadero apellido es Roberts des Ardennes, y así se firmaba su padre; pero él dice que es una ridiculez, y que no se puede obligar a nadie a recordar un apellido tan largo.

En las charlas que teníamos Susana y yo hablábamos mucho de España.

—Y su madre, ¿cómo es? ¿Parecida a usted? —me preguntó ella una vez.

—Es bondadosa, un poco débil de carácter.

—Como usted.

—No, yo, a su lado, soy un hombre enérgico.

—¿Y su hermana?

—Por el estilo. Buena chica. Claro, que una chica de pueblo, humilde.

—¡Pobrecilla!

—Parece que está ahora a punto de casarse.

—Yo creía que los españoles serían muy distintos a nosotros de tipo, de ideas y de costumbres.

—Sí, eso creemos todos de los extranjeros.

—Cuando se acabe la guerra, mi padre y yo iremos a hacer un viaje a España, y usted nos acompañará y nos presentará a sus amigos.

—¿Amigos?

—¿No tiene usted amigos? —preguntó ella.

—No sé; pocos. Tengo la sospecha un poco triste de que no me ha querido nunca nadie.

—Pero eso me parece que no le hace a usted mucha mella; lo dice usted muy tranquilamente.

—¡Qué sé yo! Si hubo herida, la herida ya cicatrizó.

—¿Y cree usted que no le ha querido tampoco ninguna mujer?

—Creo que no.

—¿Y su madre?

—Mi madre ha vivido con mis hermanos, más pequeños que yo. Siente un gran cariño por esa hermana mía, que ahora tiene veinte años, que es muy buena y que le ayuda en las faenas de la casa. Yo, en cambio, soy para ella un poco lejano. Hace ya cerca de ocho años que no la veo. He vivido siempre en un rincón, un tanto solitario. No soy, sin duda, simpático. En la juventud he estado preocupado con cuestiones de dinero, un tanto desagradables, hasta que empecé a manejármelas con más comodidad. Usted no ha tenido, seguramente, estas preocupaciones.

—No, pero he tenido otras. Mi padre creía que estaba enferma.

—Pues ¿qué tenía usted?

—No se alarme usted —replicó, riendo, Susana— tuve a los diez o doce años un ataque de reumatismo, y el médico dijo que me había quedado el corazón débil.

—¿Y era verdad?

—Yo creo que no. Pero mi padre lo creía así, y me hacía vivir como una planta de invernadero, no comiendo esto o lo otro, tomando medicinas, no saliendo los días de lluvia; hasta que me rebelé, y dije: no, para vivir así, no vale la pena; y vi que no era más débil que las demás, y comencé a estudiar y a ir al Liceo y a la Universidad, y al último, noté que era tan fuerte como cualquiera.

—Sí, su padre debe de ser un hombre muy preocupado con las cuestiones de

salud.

—¡Demasiado! El miedo a la enfermedad, el aislamiento, le están fastidiando; yo creo que querría vivir en un quirófano esterilizado y antiséptico.

XIII

Al acercarse Nochebuena, Susana me dijo que un amigo de su padre, profesor de Química y miembro del Instituto, el señor Paul Olivier, me convidaba a cenar. También invitaba a Till Fortuner. Teníamos que ir a una calle de la isla de San Luis, a las ocho de la noche. Me vestí lo más elegantemente que pude, y salí de casa.

La noche era una noche clásica de invierno parisiense. Por el bulevar exterior caía una lluvia mezclada con nieve; cruzaban los copos delante de los faroles, como mariposas. Marché, luchando con el paraguas contra las ráfagas de viento, hasta la Puerta de Orleáns. Había grandes charcos en el asfalto; la vendedora de periódicos, con su impermeable, voceaba los diarios de la noche; algunos vagabundos, cobijados en una puerta, charlaban, y una mujer vieja iba y venía por la acera, mirando a los pocos transeúntes con una mirada suspicaz. Al meterme en la estación del Metropolitano me encontré agradablemente sobre el andén seco y en un lugar donde hacía calor. Bajé en la Cité, y salí a la calle. Ya no nevaba tanto; había una bruma espesa. No sabía orientarme bien; estaba en el muelle de las Flores, a orillas del río.

Vi a un hombre alto, que no pude distinguir si era un militar o un paisano, que llevaba un impermeable negro, brillante, con capucha, cubierto con copos de nieve que parecían pequeñas estrellas.

—¿Dónde está la isla de San Luis? —le pregunté.

El hombre me llevó a una esquina, y me dijo, poniéndome la mano amistosamente en el hombro:

—Por ahí, por ese segundo puente.

El río venía crecido, negro y amenazador. Crucé el puente en medio de un vendaval, y sin abrir el paraguas, de miedo de que se lo llevara el viento. Entré en la isla de San Luis. La primera de las calles era la que me habían indicado. Busqué la casa. Era grande, de piedra, hotel antiguo, sin persianas. La puerta, en arco, y con clavos trabajados. Estaba cerrada. Llamé. Se abrió y pasé a un zaguán que terminaba en un gran patio enlosado. Subí la escalera hasta el primer piso, me detuve un momento, y, sin llamar, me hicieron pasar a un vestíbulo muy decorativo.

—¡Qué tiempo! —dije.

—¡Abominable!

Una muchacha, que fue la que me contestó, me tomó el gabán y el paraguas y me hizo pasar.

En el salón estaban el amo de la casa, el ilustre químico Paul Olivier, y su señora, a quienes me presentaron. Estaban también el señor Roberts y su hija, y la arquitecta inglesa, Till Fortuner y cinco o seis personas más, desconocidas para mí.

La habitación era grande, antigua, con el techo artesonado estilo Luis XV. Tenía

una estufa enorme de porcelana, muchos cuadros, libros y grabados.

El famoso químico era un tipo muy agudo, pequeño, la frente grande, la cabeza calva, el pelo largo por encima de las orejas. Tenía una sonrisa irónica y usaba monóculo.

El señor Olivier me preguntó qué es lo que hacía, y le dije, como era verdad, que, aunque tenía afición a la ciencia pura, no había podido nunca dedicarme a ella. Había tenido que trabajar en cosas prácticas y vulgares.

Se habló después de España. Unos decían que España era un volcán, que todos los españoles éramos fanáticos y energúmenos; otros aseguraban que España era un país tan libre como cualquiera. Una señora afirmó que en España las mujeres no pensaban más que en sus hijos y no hacían vida de sociedad.

El señor Olivier, el amo de la casa, insinuó si los españoles serían gente desencantada, quizá demasiado ambiciosos, porque él creía notar esto lo mismo en Séneca que en Cervantes, en Ignacio de Loyola como en los conquistadores.

Me preguntaron mi opinión, y yo contesté que no era hombre de conocimientos filosóficos ni históricos, y que no había pensado largamente en estas cuestiones.

—No importa, diga usted su idea —me indicaron.

Entonces añadí que me parecía difícil señalar una característica típica a un país de una manera exacta; que, desde un punto de vista, las gentes de todas partes parecían iguales, y que, en cambio, desde otro, no sólo ya los hombres de las distintas naciones se le figuraban a uno diferentes, sino que los de las distintas comarcas y de los distintos pueblos parecían tener distinto carácter. Añadí que creía que, afinando mucho, se llegaría a ver diferencias, en un pueblo grande como París, en las gentes de los barrios, y que yo encontraba, o creía encontrar, matices y variaciones entre los tipos de Montrouge, donde vivía, y los de los grandes bulevares.

El ilustre profesor Olivier me dijo, sonriendo:

—Exacto. Habla usted como un filósofo.

Susana me dio también la razón, y puso algunos ejemplos de la misma tesis. Se habló de otros asuntos. Till explicó a la arquitecta inglesa y a otra señora sus proyectos mecánicos.

Pasamos del salón al comedor. La cena fue larga. Se comió y se bebió de lo lindo, y después de cenar hubo nuevas charlas y discusiones.

—El parisiense tiene eso de bueno —dije yo a mi vecino de mesa—; está defendiendo algo con calor, y cuando hay otro que le demuestra que lo que cree no es cierto y que la verdad es todo lo contrario de lo que él asegura, no se incomoda y tiende a reconocer que puede ser así.

—Sí, es verdad, somos racionalistas; los mismos insultos que se dirigen los escritores en los periódicos toman un aire de maniobras de esgrima, sin gran virulencia interior —contestó el vecino.

Al salir de la casa y al pasar el puente sobre el Sena, el señor Roberts tuvo una frase que me chocó, a pesar de que le conocía como un tanto chiflado. Refiriéndose al ilustre químico, nuestro anfitrión, dijo:

—Es también de los cazadores de moscas.

—¿Es que eso es una sociedad? —pregunté yo, con extrañeza.

—Sí, algo como una sociedad. A Olivier se le ocurrió una vez decir que se debía hacer una sociedad con ese nombre.

Después añadió con cierta exaltación:

—Para mí, la existencia de las moscas es una prueba absoluta de falta de cultura.

—Pensar en las moscas sobre un puente del Sena, en una noche de invierno como aquélla, fría, y con los tejados blancos de nieve, era una rara extravagancia.

Nos acercamos al Metro, y nos acomodamos en un vagón de primera el pintor y su hija, Till Fortuner y yo.

A la segunda o tercera estación del Metro entraron en el coche dos muchachitas, que se veía que eran hermanas, y que iban, sin duda, al baile, a juzgar por su tocado, por su traje largo con lentejuelas, su escote y sus zapatos blancos de tacón rojo. Las acompañaba un jovencito, que debía de ser el novio de la más pequeña, y que iba vestido de etiqueta. La muchachita habló de sus estudios del Liceo, e hizo coqueterías expresivas y un tanto exageradas. El novio, más que contento, parecía un poco azorado. La chica miraba al señor Roberts, a Till y a mí con una mirada de provocación y de burla.

—Me parece un poco excesivo —dije yo.

—Hay que dejar que la juventud se divierta —indicó el pintor.

—Y a usted, ¿qué le parece? —pregunté a Susana.

—Yo también soy un poco española en esto —contestó ella.

Al salir la chica subversiva, Till le dijo con seriedad, con cierto humor británico:

—Esto debía estar prohibido por los reglamentos de la Policía.

La chica lo miró, y se rió estruendosamente a carcajadas.

Al comienzo del invierno, Susana me escribió que Olivier, el ilustre profesor miembro del Instituto, que sabía que estaba trabajando por una miseria, me iba a encargar el escribir unas Memorias sobre diferentes materias, entre ellas una acerca de la extinción de las moscas. Fui a visitar a Susana, y le dije que yo no sabía escribir en francés.

—No importa —replicó la muchacha—, yo se las traduciré. Usted vaya a casa de Olivier, a la isla de san Luis, que ya conoce. Él le dará los libros, los folletos, lo necesario para su trabajo.

—¡Ah, muy bien! Voy inmediatamente.

El ilustre químico me trató con gran amabilidad. Hablamos de Química y Física, de la teoría de los quanta y de las ideas de Einstein. El profesor quedó bastante satisfecho. Luego me dijo que sabía que estaba explotado por industriales de pocos escrúpulos, y me ofreció su ayuda para emanciparme de ellos. Le agradecí su ofrecimiento, tomé los libros y Memorias que quiso darme, y, al llegar a casa, pensé que no debía abandonar mi antiguo trabajo. Me sentía capaz de estar sentado a la mesa doce o catorce horas trabajando.

El mismo día, por la noche, comencé a hacer papeletas con los libros y folletos que me había prestado Olivier. A los quince días terminaba la primera Memoria. Se la envié a Susana, y Susana la tradujo en poco tiempo. Me pagaron por ella cinco mil francos. Yo propuse a Susana que nos repartiéramos la ganancia; pero ella no aceptó.

—No me ponga usted en un apuro —le dije—; si no cobra usted su trabajo, tendré que hacerle a usted un regalo que valga más que lo que le corresponde a usted.

—No lo tomaré.

—Pues entonces no podré enviarle nada para que lo traduzca.

—Bueno, pues ya que se pone usted terco, tomaré la tercera parte de lo que le paguen.

—Pero es muy poco.

—Bien, pues no acepto más.

Durante el invierno me dediqué al trabajo con intensidad. A veces me pasaba doce horas escribiendo. Era fuerte, y no se resentía mi salud. Por la mañana encendía la estufa y empezaba la labor. Cuando me cansaba, me asomaba a la ventana, contemplaba las copas desnudas de los árboles del parque de Montsouris, que se inclinaban con las ráfagas de aire, y oía el ruido de la lluvia y del granizo que resonaba en las ventanas.

Al salir, tenía que luchar con el viento en el bulevar Jourdan o en la avenida del Maine, embistiendo con la cabeza y, a veces, metiéndome en un portal, casi vencido

por la fuerza de la borrasca. Iba todas las semanas a casa del ilustre químico, que muchas veces me invitaba a comer con él. Para ser hombre sin formación científica adecuada, el profesor me encontraba cierto mérito, y pensaba que podría llegar a ser algo en el campo de la experimentación.

Al comenzar marzo, Susana me dijo una tarde que iba a ir al día siguiente, por la mañana, a ver a Valentina, la hija del disecador-osteólogo.

—Si no tiene usted nada que hacer, y quiere acompañarme...

—Aunque tuviera algo que hacer, lo dejaría con gusto por acompañarla a usted.

Nos citamos en el parque.

Hacía un tiempo hermoso. Fuimos en el autobús hasta delante del Luxemburgo, cruzamos el jardín y echamos después una mirada a los libros de las arcadas del Odeón. De aquí bajamos a la plaza, y Susana me mostró en una calle próxima el hotel de la Luna, donde había vivido Paul Verlaine.

—¿Lo ha leído usted? —me preguntó.

—No.

—¡Qué lástima! Le daré un tomo de sus poesías. También le voy a dejar una novela de Proust. A ver qué le parece.

De allí bajamos al bulevar Saint-Germain, entramos en casa de Valentina y subimos a su cuarto. La hija del osteólogo estaba en un balcón que daba a un gran patio, comunicado por un pasadizo interior con la calle.

—¿Qué haces? —le preguntó Susana.

—Hemos tenido función de teatro en la vecindad —dijo Valentina—, acróbatas y payasos; pero ya se ha acabado.

En aquel momento cantaba un cantor callejero acompañándose con la guitarra. Era un viejo de melenas blancas con un gabán largo. Entonaba romanzas sentimentales, haciendo largos calderones temblorosos y poniéndose, a veces, la mano izquierda en la oreja, porque, sin duda, el esfuerzo para dar una nota alta le hacía daño en el oído. Esta actitud en el pobre hombre era poco elegante.

El público de ventanas y balcones se había retirado; no consideraba las canciones del decrepito cantor dignas de ser oídas. El viejo miró a derecha e izquierda, defraudado.

—¡Pobre! —dijo Susana, y sacó unas monedas, y se las echó.

Valentina y yo hicimos lo mismo, y el cantor, muy conmovido, se inclinó con unos saludos ceremoniosos de agradecimiento.

Susana dijo después que nos iba a convidar a Valentina y a mí a almorzar en un restaurante próximo al bulevar Saint-Germain.

—No —dijo Valentina—, lo que debemos hacer es ir a la feria de la plaza de Italia, que estará muy animada, y tomar algo por ahí. Yo no he visto esa feria, pero dicen que es formidable.

—Veo que tienen ustedes la misma pobreza de léxico que nosotros —dije yo,

bromeando.

—¿Por qué lo dice usted? —preguntó Susana.

—En Madrid, durante dos o tres años, todo el mundo ha dicho, para elogiar algo, que era estupendo; aquí se dice formidable. Allí también.

—Es muy malévolo este hombre —indicó Susana.

—¡Ah! Pues que no se meta conmigo ni con mis frases —saltó Valentina—, porque yo le diré cuántas son cinco.

—Bueno —repuso Susana—, vamos a la avenida del Observatorio, a un restaurante donde suelo ir con mi padre; almorzaremos allí, y luego iremos a la plaza de Italia, porque yo creo que una tarde entera de feria es mucho; nos aburriríamos.

Comimos en el restaurante; Susana quiso pagar, pero yo no se lo permití.

—Yo he convidado —dijo ella.

—Sí, es verdad; pero yo no quiero quedar ante usted y ante su amiga como un roñoso. Ahora tengo algún dinero y puedo pagar.

Marchamos por el bulevar de Port-Royal, y después por la avenida de los Gobelinos. En esta avenida se veían tipos de chulos o de apaches, un poco de teatro, acompañando a una o dos mujeres, también de teatro. Llegamos a la plaza de Italia. En la plaza y en los bulevares próximos había una aglomeración de camiones de titiriteros. Algunos eran muy espaciosos y elegantes, con alcobas de cortinillas de colores, camas de acero, cocinas verdes de porcelana y vasares de cristal. Otros eran más pobres, y en ellos se veían gitanos y viejas atezadas y ganchudas. Muchos de estos carros estaban metidos debajo de los arcos del Metropolitano del bulevar Augusto Blanqui para preservarse de las inclemencias del tiempo.

—Estos bulevares son un poco extraños —dije yo—. Normalmente están casi desiertos, y los días de fiesta o de feria no se puede andar por ellos.

—Como todos los de las afueras —dijo Susana.

La tarde era primaveral; tan pronto brillaba el sol como el cielo se ponía sombrío y amenazaba lluvia; la aglomeración popular en la plaza y en las cercanías era enorme. Hombres, mujeres y chicos se apretaban, gritaban y andaban a empujones. Se oían gritos, chillidos, silbidos, notas de trombones, campanas, trompetas y, a cada paso, voces metálicas que decían: «¡Adelante! ¡Adelante! ¡Entrad, señoras y señores!»

Había exhibición de fenómenos, monstruos, mujeres-focas, mujeres-sirenas, domadoras de serpientes, palacios encantados, figuras de cera y barracas iluminadas con una luz violeta y blanca, llenas de caramelos, de alfeñiques, de rosquillas y de turrónes con nueces.

No faltaban los tiros al blanco, en los que se veía un zuavo, una rueda de pipas de barro que giraba, o un huevo sostenido en equilibrio en un surtidor de agua; ni los gabinetes de astrólogos y adivinadores.

Valentina se agarró de mi brazo izquierdo y Susana del derecho. Iba como el boticario de La verbena de la Paloma, entre una morena y una rubia.

Compramos bollos y caramelos.

Después, Valentina pretendió que debíamos montar en el tiovivo. Era preciso elegir. Había de estos aparatos verdaderamente magníficos, grandes, dorados, con caballos, elefantes, toros, cerdos, coches, góndolas, aeroplanos, automóviles, bicicletas y otros medios de locomoción antigua y moderna. Había también montañas rusas, con vagones que subían y bajaban, y que, de lejos, y por el movimiento ondulante, parecían gusanos. Entramos los tres en un coche del tiovivo, y Valentina se portó como una niña; se rió a carcajadas y se apoyó varias veces en Susana y en mí. Por ella, nos hubiéramos pasado toda la tarde dando vueltas. Yo estaba encantado contemplando a las dos muchachas; pero noté que Susana se ponía pálida.

—¿Se marea ya un poco?

—Sí.

—Pues vámonos.

Bajamos del tiovivo, y nos metimos entre la gente. La marea humana era demasiado fuerte para resistirla, y decidimos dejar la multitud.

Nos acercamos a la Salpêtrière, por el bulevar del Hospital. Ni Susana ni Valentina habían estado nunca allí.

—¿Qué es esto de la Salpêtrière? ¿Una salitrería? —pregunté yo.

—Antiguamente lo sería —contestó Susana—. Esta Salpêtrière fue construida a principios del siglo XVIII, para los mendigos y vagabundos, que estaban aquí encerrados como prisioneros. Había también en las proximidades la Casa de la Piedad, que era para los hijos de los mendigos.

—Sí, ahora subsiste el Hospital de la Piedad, en este mismo bulevar.

Yo hablé de lo que había leído en las Causas célebres sobre la Salpêtrière y de las mujeres criminales que habían estado recluidas allí, entre ellas la querida de Fiechi, la mujer sin nombre, o la falsa marquesa, una Enriqueta Cordière, que cortó la cabeza a una niña, y otras más.

La Salpêtrière se mostraba como un edificio inmenso, con el tejado de pizarra, chimeneas altas de ladrillo rojo y una cúpula gris. Enfrente, hacia el bulevar, delante de la entrada, había una plazoleta con un jardincillo, y en ella una estatua del médico alienista Pinel, y otra, pesada y tosca, del doctor Charcot.

En la plazoleta, a la puerta, se congregaba, un grupo de viejas horribles, feas, cojas, con bigote, encorvadas, torcidas, con sombreros de hombre, cofias, pañuelos, unas con bastones y otras con paraguas. Tomaban el sol pálido de primavera. En medio de ellas, las enfermeras, altas, rubias, con sus capas azules y sus tocas blancas, parecían de una raza superior, casi divina.

—Vámonos de aquí —dijo Susana—. Esta colección de viejas no es un

espectáculo agradable.

—Sí, es verdad —añadí yo.

—Me recuerdan —dijo Susana— unos versos de Baudelaire, «Les petites vieilles», que comienzan así:

Dans les plis sinueux des vieilles capitales...

—Luego sigue:

*Ils rampent, flagellés par les bises iniques,
Frémissant au fracas roulant des omnibus,
Et serrant sur leur flanc, ainsi que des reliques,
Un petit sac brodé de fleurs ou de rébus;*

—Esta visión de esas viejas es terrible —dije yo.

—Esa debe de ser la ciencia de la vida —indicó Susana—: andar en el tiovivo o en la montaña rusa, y no acercarse a la Salpêtrière.

—Pero tampoco es una ciencia muy simpática.

—Es verdad.

—Las mujeres no deberíamos envejecer —dijo Valentina.

—Es demasiada pretensión —dije yo.

Volvimos por aquel bulevar, vimos el hospital moderno y de ladrillo oscuro, el de la Piedad, y, antes de llegar a la plaza de Italia, tomamos el Metropolitano en la estación de Campo Formio, y dejamos a Valentina a la puerta de su casa.

La muchachita afirmó que era una de las tardes en que más se había divertido.

Susana y yo cogimos el Metropolitano. Íbamos los dos solos en el vagón. Susana, con aire de burla, empezó a recitar:

*Quand ce jeune homm' rentra chez lui,
 Quand ce jeune homm' rentra chez lui;
 Il prit à deux mains son vieux crâne,
 Qui de science était un puits!
 Crâne
 Riche crâne
 Entends-tu la Folie qui plane?
 Et qui demande le cordon,
 Digue dondaine, digue dondaine,
 Et qui demande le cordon,
 Digue dondaine, digue dondon!*

—¿Qué quiere decir eso? —pregunté yo—. No lo entiendo.

—Es el comienzo de una poesía de Laforgue.

—No comprendo bien lo que significa.

Susana no contestó.

—Y ahí, hacia la Salpêtrière, ¿va usted a pasear? —me preguntó.

—Sí, a veces.

—¡Qué mal gusto! ¿Y de esas pobres viejas enfermas y horribles deduce usted la belleza de las francesas?

—Yo no deduzco nada, Susana. No tenga usted suspicacia. No le choque a usted que ande por nuestro barrio. El ir al centro de París no me gusta, quizá por el contraste de su solemnidad decorativa con la pobreza de la vida real.

—¿Con la pobreza de usted?

—¡Ah, claro! Prefiero pasear por los alrededores de casa y por los barrios excéntricos.

—¿Adónde va usted?

—A Gentilly, a Bicêtre.

—¿Sabe usted de dónde viene este nombre de Bicêtre?

—No.

—De que un obispo de Winchester hizo edificar un castillo ahí a principios del siglo trece. Winchester acabó en Bicêtre. Este castillo tenía fama de brujería:

*Auguste château de Bimestre
 Les lutins et les loups-garoux*

*Reviennent-ils toujours chez vous
Faire la nuit leurs diableries?*

Toda esta parte meridional de los alrededores de París, desde el emplazamiento del antiguo cementerio de los romanos, era el punto de cita de aparecidos y de brujas. En las canteras de Gentilly y en el campo de Montsouris había gentes que sabían mostrar el diablo a las personas crédulas.

—Es curioso. Tengo que ver esas canteras.

—No parece usted un latino.

—Quizá no lo sea.

—¿No tiene usted curiosidad por ir a Roma o a Atenas?

—Ninguna. Supongo que me aburriría mucho contemplando ruinas y muros antiguos. Creo que me gustaría más vivir en una ciudad de América, nueva y sin historia.

—Todavía comprendo eso —repuso ella—; ya no comprendo tanto ese gusto por los rincones negros.

—¡Qué quiere usted! —dije yo—. En esos rincones negros hay cosas interesantes. Algunas veces suelo ir al cementerio de Montparnasse. En este cementerio, en un rincón, están enterrados los que fueron ejecutados en la plaza Saint-Jacques, Fieschi y sus cómplices, un regicida, Alibaud y otros.

—¿Son sus conocimientos de las Causas célebres, que leía usted en el hotel de la Tombe-Issoire?

—Sí. Por lo que he visto, está también en ese cementerio la sepultura de los cuatro sargentos de La Rochela, que fue durante largo tiempo sitio de peregrinaciones políticas. El otro día, en ese cementerio, en la parte reservada a los judíos, veía dos tipos desharrapados, seguramente israelitas, delante de un sepulcro con un gran candelero de siete brazos esculpido en la piedra. Por su actitud, me pareció que estaban tramando algo. Después, contemplando una prendería de la calle de Mouffetard, vi salir a los dos tipos que estaban días antes en el cementerio judío. Entraron en un portal de la misma calle, en una casa pintada de rojo, en una freiduría, que echaba un olor mareante de sebo, y estuvieron comiendo. Si hubiera sido aceptado y corriente, les hubiera preguntado qué hacían semanas antes en el cementerio.

—¡Qué curiosidad!

—Ayer, pasando por aquí cerca, por la calle Verniaud, vi a tres o cuatro personas que entraban en un edificio, que debía de ser una iglesia, y que tenía un letrero que decía «Culto Antoinista». Usted sabe lo que es eso?

—Yo, no.

—A veces, se ven cosas más curiosas mirando a un rincón que contemplando un museo o yendo a una biblioteca.

—¿Usted cree?

—Al menos, esto me pasa a mí, que soy inculto en cuestiones eruditas e históricas.

—Se advierte que las cosas que ve le interesan más que las que lee.

—Quizá sea prueba de originalidad.

—No sé. La vida que pasa por delante de los ojos me llama más la atención que el arte que se guarda en los museos. ¡Qué mezcla hay en una gran ciudad de los sistemas industriales antiguos y modernos! La rotativa de tres pisos, grande como una casa, y la imprenta pequeña movida a brazo; el almacén inmenso, con miles de empleados, y la tiendecita de portal, cuidada por una vieja; el hotel de cientos de habitaciones, y el mío de la Tombe-Issoire, que no tenía más que el café enorme, y el puesto de la calle, con una mesa y una cafetera, en donde se vende café con leche en el invierno y helados en el verano. Tiene que haber algunas compensaciones para el hombre pobre. La lectura de las muestras de las tiendas me entretiene mucho en los paseos; pero, por lo que parece, las más pintorescas y raras van desapareciendo: «El Gato que Fuma», «El Conejo Azul», «La Cerda que Hila», «El rey Salomón». He visto hace unos días, en una calle estrecha del barrio, una muestra de una zapatería que tiene el título: «A la Jirafa». El animal pintado es muy divertido. No sé qué relación habrá entre los zapatos y las jirafas.

—Quizá se puedan hacer con piel de jirafa.

—Es posible; pero supongo que en París no habrá más que dos o tres, en el Jardín de Plantas.

—Es usted un observador de las cosas pequeñas.

—Yo no veo la diferencia entre las pequeñas y las grandes. Para mí, todo lo que me llama la atención es interesante. El otro día miraba una caseta de tablas de un zapatero de viejo, de noche, en una calle desierta del *faubourg* Saint-Germain, y veía la familia comiendo a la luz de un quinqué. Me parecía que me enteraba mejor de la vida francesa que leyendo un volumen sociológico.

—Yo no me fijo en esas cosas, la verdad. Soy quizá amanerada —dijo Susana.

—El otro día vi también dos o tres pequeñas tiendas de memorialistas, en donde se anunciaban cuartos y casas, donde se hacen copias, traducciones, se dan consejos jurídicos, se buscan colocaciones, se proporcionan criadas, niñeras, costureras, institutrices, señoritas de mostrador, porteros, cocheros, comisionistas, secretarios, socios capitalistas, profesores, adivinadores, magos e informes policíacos. Estas tiendas tienen títulos sugestivos: «A la Tumba de los Secretos», «La Discreción», «La Confidencia», «El Guardián de los Misterios», «La Confianza», «La Reserva».

—¿Y usted entró en alguna de esas tiendas?

—Sí.

—¿Y para qué?

—Por curiosidad.

Susana oía lo que le contaba, aunque, a veces, protestaba contra mis opiniones.

Un día de abril me dijo Susana:

—¿Quiere usted venir mañana, domingo, a pasar la tarde a la casa de campo de unos amigos?

—Con mucho gusto. ¿Quiénes son?

—Es la familia de un pintor compañero de papá.

—¿Es conocido?

—Sí, ha tenido medallas en las exposiciones y gana dinero.

—¿Cómo se llama?

—Aquiles Ferón. Vive en una villa un poco más lejos de Asnières.

—Muy bien, iré con ustedes.

—Entonces, si hace buen tiempo, esté usted a las tres en punto en la estación de San Lázaro.

—Allá estaremos.

—Le advierto a usted que el Metro comunica con la misma estación. No hay que salir a la calle.

La noche siguiente estuvo lloviendo, pero por la mañana el cielo se despejó y apareció un sol brillante. Comí temprano, y a las tres en punto estaba en el lugar de la cita. Iba a partir un tren, y la estación se hallaba llena de gente. Cuando partía quedó el andén vacío y vi que por el lado contrario donde yo estaba venían el señor Roberts, Susana y Valentina. Esta me saludó sonriente, como a un antiguo amigo.

—Y su padre, ¿no viene? —le pregunté.

—No le gusta nada el campo —contestó ella—. Dice que es aburridísimo, y prefiere ir a un café de la vecindad, donde tiene una partida de ajedrez con unos amigos.

—Cada cual se divierte a su manera.

Dimos dos o tres vueltas por el andén esperando que el tren apareciera. El señor Roberts me agarró del brazo.

—¿Conoció usted a un escritor español que se llamaba Bonafoux? —me preguntó.

—No.

—Lo recuerdo porque vivía en Asnières, antes de la guerra, y algunas veces le acompañaba a esta estación cuando se iba a su casa. Era hombre ocurrente, muy cáustico. Solía venir a un bar de la plaza de San Lázaro, el bar Criterium, con Albéniz, el compositor, y con dos periodistas, uno que se llamaba Amar y el otro Rataflutis. Era una tertulia muy pintoresca. Se reunían unos aventureros que volvían de América y contaban cosas extraordinarias, mientras bebían licores de todas clases.

Habrá usted oído algo de Albéniz.

—Creo que sí.

La verdad, no lo sabía.

Apareció el tren formado y entramos los cuatro en un vagón de tercera. Valentina estaba muy animada y alegre, y hablaba por los codos. Susana, sonriente, vestía un traje de color de rosa, primaveral, que le sentaba muy bien.

Pasamos varios pueblos y barriadas, y a las cuatro y media llegamos a la estación de parada y fuimos en busca de la casa del pintor, cruzando calles y avenidas. Al parecer, nos equivocamos de camino y tardamos más de lo que debíamos.

El pueblo no tenía nada de curioso. Se veía que era primitivamente una aldea pequeña invadida por los parisienses, que la habían llenado de villas ricas y de pequeños hoteles.

Hacía un sol claro, un poco pálido, y la tarde de primavera estaba hermosa. En los jardines, húmedos por la lluvia de la noche, comenzaban a florecer toda clase de arbustos y de árboles, entre ellos los lilos y los frutales, que mostraban sus botones blancos y rosados. Las enredaderas y las glicinas brillaban muy verdes en los muros y mostraban sus capullos morados.

Después de recorrer varias avenidas, encontramos la casa del pintor.

Era una villa amplia, colocada en un alto, con un jardín que tenía una parte como una terraza y después un declive que caía a un barranco, en cuyo fondo corría un arroyo.

Llamamos, y apareció el pintor en una ventana y salió a recibirnos. El señor Ferón era un tipo distinto a Roberts, afeitado y con lentes; pero, sin embargo, tenía el mismo aire de la época. Iba vestido de negro; llevaba una corbata flotante y ostentaba la cruz de la Legión de Honor. Hablaba un francés nasal, una lengua sin articulaciones, como si estuviera deshuesada y no tuviera en sus labios un sonido fuerte. Su señora era una mujer de cuarenta a cincuenta años, muy perfilada, muy fina y muy amanerada.

Susana le preguntó por sus hijas, y ella le contestó que estaban en el juego de bolos que había en el jardín, con otros muchachos de la vecindad. Susana y Valentina marcharon a buscarlas.

Yo me quedé con el señor Roberts, que, al presentarme a su amigo el pintor, dijo:

—Este señor es un español, químico, pero tiene mucho sentido de la pintura.

La señora quiso mostrarme la casa. Realmente, era amplia, bonita y muy bien dispuesta. Tenía el estudio muy decorativo, muy teatral, y una biblioteca llena de obras sobre arte.

La señora me mostró los cuadros de su marido, dándome explicaciones muy extensas, convencida, cándidamente, de que eran obras maestras y de que todo el mundo tenía que admirarlas. El señor Ferón hacía como que no se enteraba, y de

cuando en cuando se dirigía a su amigo Roberts y le decía una broma, con una palabra confusa, que yo apenas entendía.

—Yo soy también —me dijo el pintor con cierta ironía— de los cazadores de moscas, como mi amigo Roberts.

Lo que más me gustó en la casa fue el paisaje que se divisaba desde una de las ventanas del estudio. Delante se veían unas colinas de poca altura, llenas de bosquecillos tupidos y frescos, y, a cierta distancia, el río, que brillaba al sol. En aquellas alturas, entre masas de castaños y de olmos, se destacaban grupos de árboles frutales llenos de flor blanca y sonrosada, que tenían colores tan suaves que eran como una caricia. La gradación de los tonos, el rosa pálido, el rosa encendido, el rojo y el malva, y después el verde y el negro de algunos follajes oscuros, era verdaderamente admirable. El cielo, de un azul desvaído, con nubes blancas y ligeras, parecía una tela de seda adornada con encajes.

—Qué, ¿le gusta a usted el campo de la Isla de Francia? —me preguntó Roberts.

—Sí, es magnífico. En un sitio así, se comprende el paisajista.

—Cierto —replicó él en voz baja—; pero el paisaje natural es bastante mejor que el pintado.

Esta indicación maliciosa, si no iba dirigida al amigo, lo parecía. No hice yo el menor comentario.

—Vamos a ver a la gente joven.

—Vamos.

Bajamos por una cuesta a un rellano abierto en el declive del terreno, en donde estaba el juego de bolos, en un espacio rectangular limitado por saúcos y por lilos, que tenían racimos de flores moradas y blancas. Había varios jóvenes y señoritas, y se reían todos con gran algazara de las jugadas torpes. Entre los jóvenes, uno de trece a catorce años, grueso y sonrosado, de pantalones cortos, bullía de un lado a otro y agarraba del talle o del brazo a Susana, a Valentina y a las demás muchachas.

—¿No va usted a jugar? —me preguntó Susana.

—No, ya son ustedes bastantes, y, por lo que veo, llevan adelantado su juego.

El dueño de la casa quiso mostrarnos su parque, con juego de tenis, y su jardín, y lo que tenía en él. Estaba muy bien cultivado. Había un pequeño estanque, invernaderos y sitios para semillas y flores.

Al salir de nuevo al juego de bolos, eran cerca de las seis, y comenzaba a soplar un vientecillo húmedo y frío. El señor Roberts murmuró, dirigiéndose a Susana:

—Mira, Susana, ponte el abrigo, que corre fresco.

Uno de los jóvenes indicó:

—Deberíamos dar una vuelta en lancha por el Sena. Ahora estará magnífico.

—No —replicó Roberts—, a estas chicas no las dejes, porque, después de acalorarse, si van al río ahora, al anochecer, se enfriarán.

—Bueno, entonces vamos a casa —dijo una de las señoritas de Ferón.

Subimos a la parte llana del jardín y entramos en el hotel.

—Otra vez tenéis que venir más pronto —dijo la señorita de la casa a Susana—; si no, no hay tiempo, y hay que meterse en seguida en el interior.

Pasamos a una sala muy iluminada. Estaba encendida la calefacción. La sala estaba decorada con pinturas murales del amo de la casa. A mí me parecieron bonitas.

—Un poco de calor viene muy bien a estas horas —dijo el señor Roberts.

Nos sentamos; una de las muchachas comenzó a tocar el piano; después la sustituyó Susana, y comenzaron los jóvenes a bailar. Luego, alguien dijo que en aquella hora habría música de baile en la radio, y se enchufó el aparato, y, efectivamente, se oyeron tangos y rumbas y música de saxófono.

Algunas de aquellas canciones tenían una parte cantada en español-americano.

—¿Es español? —me preguntaron dos o tres señoritas.

—Sí, español, con una pronunciación americana o de negros.

—¿Qué dice?

—¿Qué quiere usted que diga? Lo que dicen todas las canciones, poca cosa.

—¿Y no va usted a bailar? —me preguntó Susana.

—No, es demasiado complicado para mí. Esto, evidentemente, hay que aprenderlo. Hay que bailar con más cuidado que si se hiciera un análisis químico.

El señor Roberts, que se mostraba muy partidario mío, no sé por qué celebró la frase. Hablé con él, con el pintor Ferón y con su señora. Ferón era muy patriota y antisocialista, y Roberts, del Frente Popular. Esto bastaba para que se sintieran hostiles. En medio del tumulto del baile se presentó el hijo de la casa, vestido de soldado, que venía con unos días de licencia. El joven Ferón era serio y displicente. Saludó a sus amigos, se quitó el capote y se sentó en una silla al lado de su madre.

—Oye, mamá: ¿vamos a tardar mucho en cenar? —preguntó de pronto.

—Sí, algo más que de ordinario, porque tenemos convidados. ¿Qué te pasa?

—Que tengo mucha hambre. Voy a ir a comer algo a la cocina.

—Bueno, vete.

Volvió relamiéndose y se sentó cerca de mí. Me preguntó lo que se decía sobre España. Sin duda, le preocupaba. Después habló de la política francesa; encontraba todo lo que se hacía idiota. Era su palabra favorita. Luego me dijo:

—¿Conoce usted al señor Roberts y a Susana?

—Sí —le contesté.

—Él está un poco neurasténico.

—Es posible.

—En cambio, Susana es una chica inteligente, amable y de buena intención; las demás le tienen un poco de rabia, ya lo notará usted.

—Esa muchacha, Valentina, tiene también gracia —dije yo.

—Sí, pero es otra cosa. Es la joven ingenua, un poco vulgar. ¿Ya sabe usted el oficio que tiene su padre?

—Sí.

—Es curioso que en esa casa macabra, en medio de las calaveras y esqueletos, haya salido esta chica tan sonriente y tan alegre.

A las ocho y media nos anunciaron que la cena estaba servida, y fuimos todos al comedor, del brazo. La mesa la presidía la señora de la casa, que tenía a Roberts a la derecha y a mí a la izquierda. Enfrente se colocó el anfitrión, entre Susana y una señora. A mi izquierda tenía a una de las hijas del pintor, que me explicó la vida que hacían: paseaban a caballo y en auto, jugaban al tenis, pescaban y tenían horror por París. Luego me hizo varias preguntas. Roberts me protegía y contestaba a veces por mí. Susana hablaba muy en serio con el soldado, que la miraba con entusiasmo y la galanteaba. En cambio, éste no se ocupaba para nada de Valentina, que constantemente le hacía una serie de preguntas. El joven sonrosado y grueso de los pantalones cortos se dirigía a ella o se levantaba para decir en secreto algo a Susana, lo que ya me iba cargando.

A las diez y media, el señor Roberts dijo que debíamos marcharnos, porque ya era tarde.

Salimos y fuimos a la estación, acompañados por el soldado y por el joven de los pantalones cortos; nos despedimos de ellos, tomamos el tren para París, y, al llegar a la estación de San Lázaro, como Roberts suponía que el ambiente del Metropolitano estaría a aquella hora irrespirable, tomamos un auto, que nos dejó en casa.

XVIII

Al día siguiente, Susana me preguntó:

—¿Qué le pareció a usted la excursión?

—Muy bien, muy entretenida.

—Supongo que se divertiría usted poco. No quiso jugar ni bailar.

—¿Para qué, si lo iba a hacer sin ganas y mal?

—No comprendo esa actitud de viejo.

Yo me sonreí.

—¿Qué le pareció a usted esta tertulia francesa? ¿Qué impresión le produjo?

—Como todas las reuniones: me pareció, en el fondo, un gallinero.

—¿Y por qué?

—Aquellas muchachas tan amigas de usted decían todo lo que podían para mortificarla.

—¿A quién?

—A usted.

—¡Bah! No lo creo.

—Yo, al menos, así me lo figuré. Todas las amabilidades que tenían para mí creo que iban dirigidas por carambola contra usted. Como no sabían quién era yo y veían que su padre me trataba con amabilidad, debieron de suponer que yo era algún rico, y pensaron, probablemente: a ver si esta querida amiga tiene un pretendiente rico y nos fastidia.

—¡Qué mal pensado es usted!

—Luego, el niño zangolotino que le pasaba a usted el brazo por la cintura y la besaba me estaba escamando.

—Si es un chico que le he conocido de niño.

—Sí, sí, pero me escamaba.

—Veo que es usted celoso.

—Los jovencitos me miraban también con antipatía, y el soldado, que reconozco que es un buen chico, a pesar de que todo le parece idiota, si no está enamorado de usted, anda cerca de estarlo.

—Es usted muy receloso.

—Ve uno o cree ver el fondo de las personas. La Humanidad es igual en todas partes.

—¿Y los amos de la casa?

—Muy bien, muy simpáticos, muy correctos. Ahora, la conversación entre su padre y el artista me pareció maquiavélica. ¡Qué comentarios! Más falsos que Judas. El señor Ferón le enseñaba a su padre un paisaje, y su padre lo miraba lentamente, y

exclamaba: «¡Ah! ¿Todavía existe esa casa? Yo creía que habría desaparecido hace tiempo.» Luego le mostraba un retrato, y su padre le decía: «Este es el retrato de aquel que le vendió a usted estos terrenos. ¿Qué se hizo de él?» Nada de me parece bien o me parece mal.

Susana se echó a reír.

—Luego, como el pintor veía que su padre no le elogiaba, empezó a decir, con aire indiferente: «Fulano de Tal, el crítico de tal periódico, dijo de este cuadro que era lo más definitivo que se ha hecho en el paisaje de la Isla de Francia, y lo comparó con Sisley. Por cierto, que a mí no me gusta Sisley.» «A mí me parece admirable», replicó el padre de usted, y así siguió la conversación.

—Qué malévolos es usted.

—Es la realidad.

—Sí, pero hay otras realidades buenas, y hay que verlas también éstas, no sólo las malas.

Otro día hablé a Susana de la actitud de su padre para conmigo. ¿Qué pensaba de mí? ¿Me consideraba como una persona digna de ser pretendiente de su hija, o me tenía como un pobre hombre sin un cuarto, a quien no se le podía tomar en serio?

—Mi padre le estima a usted mucho.

—¡Bah! No lo creo.

—Sí, sí.

—Entonces, ¿le parezco una persona digna de entrar en su familia?

—Sí, sí, aunque eso lo deja a mi arbitrio.

Al día siguiente era primero de mayo; pensé que se oirían desde casa canciones y gritos, que habría alborotos; pero no se oyó nada. En el parque de Montsouris se veían niñas vestidas de blanco; me chocó; de lejos parecían vestales; pregunté a la señorita de Bartas, y me dijo que era un día en que las chicas acostumbraban hacer la primera comunión.

Salí, por la tarde, al sitio donde veía a Susana, aunque pensé que quizá no saliera por miedo al tumulto. En el lugar de la cita se presentó poco después. Yo volví a la misma conversación que el día anterior, porque era la que más me interesaba. Susana dijo que comprendía que su padre era un hombre de un cariño egoísta, que la quería ciegamente y le molestaba la idea de separarse de su hija. Ella pensaba que la única solución para vencer la hostilidad de su padre, por el momento, era que yo le dijera que no pretendía casarme, y después, aunque fuese algo cómico, asegurarle que había encontrado un procedimiento barato y práctico para acabar con las moscas. El señor Roberts no tenía la menor idea de los progresos científicos, los despreciaba en absoluto, y aunque yo le hablara de un sistema viejo y conocido, a su padre le parecería nuevo.

—Quizá esto me sirva a mí para ganar la partida con él. Pero ¿para ganarla con usted...? —le pregunté yo.

—Esa la tiene usted ganada —dijo tranquilamente Susana.

Yo quedé emocionado y sin saber qué decir, y, al acompañarla a ella y al despedirme, le estreché las dos manos con efusión.

Nos citamos para el día siguiente a la misma hora.

Volvimos a la cuestión que más nos interesaba. Yo quería aclarar algunos puntos que para mí eran trascendentales.

—¿Y su pretendiente Edmundo? ¿Qué ha sido de él? —le dije.

—Se ha alejado.

—¿Y a usted no le ha hecho efecto eso?

—No, la verdad, no le he querido nunca. No se ocupaba de mí. ¿Se puede querer

a un hombre que considera a la persona que tiene que vivir con él, lo más, como a un compañero de autobús?

—No, es difícil.

—No se ha ocupado nunca de mí. Tiene una idea muy mala de las mujeres. Únicamente le interesaban los trabajos históricos y eruditos que podíamos hacer entre los dos; lo demás, nada. Yo no creo ser —añadió, riéndose con malicia— una mujer tan aburrida ni tan desagradable.

—Para mí, y para todos los que la conocen, es usted una mujer encantadora.

—¿De verdad?

—Yo creo que hay mujeres que hacen una impresión profunda la primera vez que se las ve; otras van revelándose, y, a medida que se las conoce, muestran nuevos encantos.

—¿Y yo?

—Para mí, la primera impresión al verla a usted fue profunda, y las sucesivas han sido mejores aún.

—¡Adulador!

—No digo más que lo que pienso.

—¿Usted, entonces, no cree, como mi padre, que nos debían quemar a las mujeres en el hogar de la chimenea?

—¿Yo cómo voy a creer eso? Ni en serio ni en broma. Mi madre y mi hermana son muy buenas. Usted es mi inspiradora, y yo la considero muy superior a mí.

En la conversación, Susana se mostraba muy atrevida; pero, a veces, se ruborizaba por alguna frase insignificante.

—Una parisiense que se ruboriza —le decía yo—. Se ve que es usted una niña.

—Sí, ¡qué quiere usted! He vivido tan aislada, que me ha quedado la timidez como una enfermedad. La disimulo, pero no siempre bien. A pesar de esto, no crea usted, si tengo que hacer algo difícil, me armo de decisión y soy hasta valiente.

—Yo tampoco soy muy decidido.

—¿Qué ha pensado usted de lo que dije ayer? —me preguntó ella.

—Primeramente, quisiera saber con claridad por qué su padre me rechaza.

—Es sencillo: piensa que, si se casa, usted conmigo, no será él el amo absoluto de la casa. Muchas veces ha llegado a decir que sería mejor que las hijas de familia tomaran un amante, que no un marido.

—¡Demonio, qué inmoralidad!

—¿Eso podría decirlo un padre en España?

—No; sería lo más antitradicionalista, y libertario que se pudiera decir. Entre nosotros, las ideas de la honra y de la reputación tienen mucha fuerza.

—Pues ya ve usted lo que puede pensar un señor francés cuando pretende ser el amo absoluto de su casa y no quiere que le mermen el cariño de su hija.

—Sí, es extraordinario; nunca se me hubiera ocurrido cosa semejante.

Dimos una vuelta por el parque, contemplando los gorriones y los mirlos que saltaban en el césped.

—Y del capítulo de las moscas, ¿qué ha pensado usted? —preguntó ella.

—Pues voy a hacer un aparatito que no tenga más originalidad que la forma. He leído en tratados y en enciclopedias todo lo que se ha escrito sobre la extinción de las moscas. Al parecer, en esta lucha, los Estados Unidos es el país que va más lejos. Estoy convencido de que todo lo que no sea una campaña colectiva tiene poco valor. No hay ningún agente especial nuevo que tenga una acción muy eficaz contra las moscas; el producto más fácil de emplear es el formol, o sea un preparado hecho a base del ácido fórmico. Voy a mandar hacer un florero, y dentro del florero, en donde pondré una solución de formol, un ramillete de hojas y de flores. Los tallos de éstas serán tubos capilares de cristal y las flores, trozos de paño de bonito color, que quedarán empapados en el aldehído fórmico. La mosca que sorba la humedad de estas flores quedará muerta. Ahora, la manera de hacer desaparecer estos insectos muertos no la he encontrado; al menos, de una manera sencilla y barata; porque poner un aspirador eléctrico sería muy caro y, por tanto, muy poco práctico.

—Usted haga el aparatito lo más bonito que pueda; no le dé usted a mi padre excesivas explicaciones, porque él siempre ha tenido un poco de desprecio por las ciencias. Él cree que no hay más que el arte que sea respetable, y que las ciencias son para gente tosca, llena de datos, a quien no se le ocurra jamás una idea genial.

—¿Así que, para él, Copérnico, Galileo o Pasteur eran unos pobres diablos?

—Sí, algo de eso. Él piensa que se hacen descubrimientos únicamente estudiando y leyendo con constancia, y que, en cambio, en el arte se crea por una intuición casi divina.

—Es un disparate; pero nos acomodaremos a él y le hablaremos según su gusto. Mañana iré a ver a nuestro amigo Till Fortuner. Tiene mucha idea para los aparatos; yo le he presentado mi proyecto, y creo que él lo mejorará y lo perfeccionará.

Efectivamente, unos días después, Till Fortuner me dio el aparato construido. Lo llevé al laboratorio y se lo mostré a Juan Samper, que era hombre excesivamente habilidoso e ingenioso, y que lo encontró muy bien.

Al día siguiente fui a ver al señor Roberts y le mostré el aparato, que le produjo gran curiosidad y entusiasmo.

—Ese español —parece que dijo— es hombre de talento.

—Y, sobre todo, muy bueno —indicó Susana.

—¡Hum!, eso ya es otra cosa —replicó el señor Roberts—. Yo dudo de la bondad de la gente. Para mí, el hombre es enemigo del hombre: *Homo homini lupus*.

En los días sucesivos comencé a acudir con frecuencia a casa del pintor, y hablaba a todas horas con Susana. Salíamos después a pasear al parque de Montsouris, y algunas veces marchábamos hacia el centro. Yo vivía en un mundo de sueños.

El final de la primavera era bastante caliente. Susana iba al archivo por las mañanas y tenía las tardes libres. El señor Roberts no se oponía a que saliera conmigo. Estaba abierta la Exposición, pero ni a Susana ni a mí nos gustaba gran cosa aquel barullo.

Todas aquellas construcciones de madera y de cartón que se extendían a orillas del Sena, próximas al Trocadero y a la torre Eiffel, no me producían gran curiosidad. Me parecía que para mí sería un suplicio tener que entrar en aquellos pabellones un día de julio o de agosto y enterarme de cuanto hubiera.

Es uno bastante limitado y beocio, y las máquinas eléctricas, las cacerolas, las prensas, las latas y las botellas de vino me interesan poco. No queríamos ir en el Metropolitano, que está sofocante y, en algunas horas, maloliente. Preferíamos pasear agarrados del brazo por los bulevares y por las calles del Barrio Latino. A veces íbamos por la avenida del Maine hasta el bulevar Montparnasse. Otras, tomábamos el autobús y marchábamos por el bulevar Raspail, hasta el cruce de Sèvres, y nos paseábamos por aquellas calles silenciosas, desiertas y oscuras: la de Varennes, la de Babilonia, la de Cherche-Midi.

La calle de Babilonia y la de Vaneau estaban en algunos sitios tan desiertas, que tenían hierba al pie de las casas. Había grandes jardines, y por encima de las tapias se veían las copas de los árboles, que daban sombra, y en los muros, enredaderas y glicinas.

—Esto debe de parecerse a algunos pueblos de España —decía Susana.

—Sí, un poco.

Cuando nos acercábamos, ya de noche, a las tabernas, cafés y cabarets del bulevar Montparnasse, mirábamos desde fuera el interior de aquellos lugares, iluminados con luces rojas o verdes.

—No me atrevería a entrar aquí sola —decía Susana.

—Yo tampoco entraría por gusto —le indicaba.

—Somos unos infelices —añadía ella, y me agarraba del brazo, creyendo así ir protegida.

Muchas veces, por la avenida de Orleáns o por la del parque de Montsouris, llegábamos a la plaza del León del Belfort y seguíamos después por la calle de Denfert-Rochereau.

—Esta calle, ¿tiene algo que ver con esa otra del Infierno que aparece en los libros viejos? —pregunté a Susana.

—Es la misma —dijo ella—. Antes se llamaba calle del Infierno, o Barrera del Infierno.

—¿Y por qué?

—Hacia la entrada de la gran avenida del jardín de Luxemburgo, que se dirige al Observatorio, se elevaba, hace muchos años, en medio de las praderas, un antiguo castillo de altas murallas, llamado el castillo de Vauvert. Cuando se derribó el castillo, las ruinas quedaron como dependencia de un convento de cartujos, y en éste fue a vivir un español, un Luna, sobrino del Antipapa Benedicto, que vivió en Peñíscola. Este Luna tenía, según la leyenda, relaciones con el diablo Vauvert.

—Es raro que un español se entendiera con un diablo francés.

—Pues así era, según la leyenda. En tiempo de Luis XIII volvió a hablarse del diablo Vauvert, porque se oían en las ruinas ruidos de cadenas y carcajadas, pero cuando fueron a ver lo que había, no encontraron nada. Estas ruinas eran para los habitantes de París objeto de terror, y despertaban en ellos ideas espantosas y siniestras. Seguían apareciendo fantasmas, se oían ruidos misteriosos y se celebraba el sábado. Desde hacía mucho tiempo, el lugar se hallaba inhabitado, y la gente que tenía que ir de París a Issy se desviaba del camino para evitar el encuentro de los espíritus infernales.

—Y ese diablo Vauvert, ¿tenía alguna especialidad? —pregunté yo.

—Como todos los diablos populares, era un poco burlón y malicioso. La vía romana que llevaba de París a Issy se llamó primero camino de Issy; después, calle de Vauvert, a causa de sus ruinas y de su diablo, y acabó llamándose calle del Infierno. Los incrédulos suponen que había muchas canteras en el camino, que servían de asilo a los malhechores y a los bandidos, que tenían interés en mantener el terror del público y en hacer que nadie se acercara por allá, para tener la libertad de sus fechorías.

—Es curioso eso de saber la historia de un pueblo.

—Sí, claro que es; pero los científicos desprecian demasiado estas cosas.

—Yo no sé si estoy incluido entre los científicos, pero le falta a uno cultura literaria.

Se acercaba el verano, comenzaban los días radiantes de sol, los árboles del parque de Montsouris y de los bulevares próximos estaban verdes y llenos de hojas, los macizos plagados de flores. En el bulevar Jourdan se veían también muchos jardines floridos.

Al comenzar aquellos días espléndidos, se le ocurrió a Susana, sobre todo los días de fiesta, ir al parque a pintar.

—Venga usted —me dijo.

—Iría con gusto; pero no tengo caja ni pintura, ni tengo tiempo.

—Pero ¿el día de fiesta?

—Trabajo lo mismo.

—¿Cuánto trabaja usted?

—Diez o doce horas al día.

—Es exagerado. Eso no debía usted hacerlo.

—Quiero tener una pequeña reserva de dinero, encontrarme un poco seguro.

—Yo creo que nadie está absolutamente seguro. No hay que pensar en eso.

Yo me reí.

—No vaya usted a hacer como mi padre, que llega a considerar que una ventana abierta o una mosca en la mesa es un gran peligro.

—Pero todo el mundo preconiza el ahorro como una gran virtud.

—Yo no digo que no se ahorre algo; pero pensar sólo en ahorrar me parece una locura. Así que los domingos puede usted dejar de trabajar sin miedo; yo tengo en casa tres o cuatro cajas con colores y pinceles. Le prestaré a usted una.

—Bueno, entonces iré.

Aquellos días fueron para mí encantadores. Estaba al lado de ella, charlábamos y comparábamos lo que hacíamos los dos en nuestros respectivos lienzos. Pronto se vio el carácter de la pintura de cada uno. Lo que hacía yo era pesado, triste y realista; lo de Susana, alegre, infantil y ligero.

—Mi padre ha visto lo que hace usted —me dijo Susana una vez—. Asegura que tiene usted muchas condiciones de pintor.

—¡Bah! Ya veremos. No creo que serán nunca bastantes para ganarme la vida con la pintura.

A mediados de junio me encontré con que Susana faltaba por las mañanas al parque; luego supe, por Atalia Bartas, que el señor Roberts y su hija se habían marchado a pasar unos días a una playa del Norte. Me asombré. No me habían dicho nada. El pintor, al parecer, se encontraba algo enfermo.

Los días se alargaron y llegaron a semanas y a meses. Till Fortuner se fue a

Inglaterra, a pasar las vacaciones a casa de unos parientes. Escribí varias veces a Susana, que no me contestó.

Afortunadamente para mí, no estaba inactivo. Exageré el trabajo para huir de la preocupación. Ya se me había ido de nuevo la idea de la tranquilidad y de la seguridad de la vida, y estaba expuesto a los temporales y a las borrascas.

«No sé cómo me las arreglo —pensaba— para ser tan desdichado.» Después de diez o doce horas de un trabajo árido, me encontraba vacío y con pocos ánimos. No tenía el menor deseo de distracción, y me sentaba delante de la ventana y contemplaba el crepúsculo.

«En el Destino hay siempre algo de aceptación», me decía. Naturalmente, una explosión de grisú no le sorprenderá a un sastre ni a un zapatero, ni una tempestad en el mar a uno que sea siempre labrador.

Andrea y las dos señoritas norteamericanas discípulas mías querían seguir estudiando durante el verano para presentarse a los exámenes de la licenciatura.

Olivier, el ilustre profesor, estaba de vacaciones, aunque solía aparecer con frecuencia en París, y entonces me llamaba. La oficina que me daba traducciones de prospectos farmacéuticos seguía con sus encargos. Las horas libres iba a pintar al parque.

Como no podía dormir, como antes, ocho o nueve horas seguidas, en los momentos de insomnio empecé a leer el Quijote que me había prestado el señor Roberts. Tenía la idea de que me aburría. El prólogo, de Pellicer, me pareció muy lleno de interés. La primera parte de la obra la recordaba, y, aunque pude apreciar muchas cosas que no había apreciado antes, no me sorprendió. Cuando comencé a leer la segunda parte, pude ir notando el acierto, el tino del autor. Se veía que Cervantes había comprendido la importancia literaria de su libro y que se había propuesto continuarlo no sólo sin decaer, sino, superándolo, si no en creación, en arte. Cuando terminé la lectura de la obra, la comencé de nuevo.

Después alterné con el Quijote el libro de poesías de Paul Verlaine que me había dejado Susana. Esta lectura acentuó mi sentimentalismo. Estaba predispuesto a comprenderla, por la soledad y por el entusiasmo amoroso.

Aquellos versos, su música, su erotismo, su vaguedad triste, su tendencia mística, la vagabundez patológica del autor, la falta de dibujo y la impresión pálida, me llegaron al alma. Todo París lo veía reflejado en aquellas poesías melancólicas y en aquellos paisajes, como vistos a través de un velo gris o de un cristal esmerilado.

Las novelas de Proust, que me dejó también Susana, no las pude terminar. No me interesaban.

Estaba decaído, pensaba que resistía mejor el frío y la humedad del invierno que el calor del verano, y que éste me producía tristeza e insomnio; pero mi tristeza venía de la ausencia de Susana.

«Vuelve la mala suerte», me decía.

Las horas que no trabajaba me dedicaba a mis paseos melancólicos. No había vuelto hacia el centro de París, que para mí era una ciudad desconocida; pero, en cambio, conocía muy bien los alrededores de mi barrio: el muelle de Austerlitz, el Jardín de Plantas, Vincennes, Bicêtre, Montrouge, Irvy y el pozo artesiano de la Butte aux Cailles.

En el bosque de Vincennes me obsesionó el recuerdo de aquel criminal medio loco, Papavoine, que había matado, sin motivo alguno, dos niños en la avenida de los Mínimos. ¡Quién sabe qué motivos psicológicos tendría para hacer una bestialidad así! La avenida de los Mínimos estaba cerca de uno de los lagos del bosque de Vincennes del mismo nombre. Sin duda, antiguamente había allí un convento de Hermanos Menores.

Cuando hablaba de esto, que había leído en las Causas célebres, *madame* Bargas y su hija se reían.

—No diga usted que va a Bicêtre —me dijo Atalia una vez.

—¿Por qué?

—Porque van a decir que debía usted estar allí.

—¡Ah, ya! ¿Lo dice usted porque allí hay un manicomio? Yo tengo poco de loco. Creo que soy demasiado cuerdo.

Fui varias veces también por la calle Vergniaud, cruzando el bulevar Blanqui, a ver el barrio de la Glacière (la Nevera), antiguo valle por donde corre el arroyo de la Bièvre, que en gran parte se halla oculto. Este arroyo, de curtidores y de tintoreros, pasa por unas huertas de la antigua isla de los Monos y por cerca de fábricas con grandes chimeneas; se acerca a la manufactura de los Gobelinos, marcha luego hacia el Jardín de Plantas y desaparece bajo tierra y desemboca en el Sena, hacia el puente de Austerlitz. Por allí estaba la calle de Croulebarbe. Esta me recordaba a Fiechi, el de la máquina infernal cuya vida había leído en las Causas célebres.

Flechi, el del atentado contra Luis Felipe, vivía en la calle de Croulebarbe, en el ángulo de la calle del Canto de la Alondra, que ahora no existe, y se reunía con sus cómplices en el muelle de Austerlitz.

Olivier, el ilustre químico, cuando supo que paseaba por la Glacière, me dio una explicación referente al barrio y al arroyo que lo cruzaba.

—El arroyo de la Bièvre —me dijo— se llama también de los Gobelinos. Los Gobelinos son una clase de duendes. Pero este arroyo, como la fábrica de tapices, no tienen nada que ver con los duendes. Su nombre procede de una familia de tintoreros venida del norte de Francia, o de Bélgica, que se llamaba Gobelín. Rabelais cuenta, en *Pantagruel*, que este arroyo lo había producido una venganza de Panurgo. Este, incomodado con una dama que le había negado sus favores y que vivía en el barrio, hizo que fueran a su casa seiscientos catorce mil perros, y se orinaron allí, de lo que

se formó la Bièvre.

Cuando contaba a las señoras de casa por dónde paseaba, ellas me decían:

—¡Qué mal gusto tiene usted!

—Me entretiene, más que ir al centro, pasear por aquí, por los alrededores.

Aquellas barriadas de Gentilly y de Bicêtre, de casas pequeñas, con barracas, carnicerías y tabernas, me atraían, rimaban con la aridez y la tristeza de mi espíritu.

El domingo, por las tardes, iba a Bicêtre, al mercado de las Pulgas. Había leído que se contaba como una verdad la fábula de que Salomón de Caus, uno de los precursores de la máquina de vapor, había muerto en una de las celdas del manicomio.

El manicomio y el asilo de esta aldea no eran tristes de aspecto; más bien, alegres. Había árboles y verdura.

Hacía años, como había allí también cárcel, solían tener a los condenados a la pena de muerte. Estuvieron guardados los sargentos de La Rochela, antes que fueran trasladados a la Conserjería; un joven, Ulbach, que mató a una pastora de Ivry en la calle de Croulebarbe, y otros criminales.

El abate que acompañaba a los condenados era el abate Montes, que, por su apellido, debía de ser de origen español. Algunos que sabían que había otro Montes en Madrid, matador de toros, hacían chistes sobre el oficio de los dos.

Eran las afueras, los días de fiesta, más tristes que de ordinario, con las tiendas y las casas cerradas. Se veían chimeneas de fábricas, grandes depósitos sostenidos en columnas, que parecían copas y que se destacaban en el aire un poco turbio.

Entraba, a veces, en los cementerios de barrio, llenos de sepulturas de mármol y de bronce, con estatuas, bajorrelieves, ánforas y bustos de señores de bigote y perilla. Leía los epitafios, y me enteraba que eran de la familia tal y cual, en donde abundaban señores de posición elevada y caballeros de la Legión de Honor. En estos cementerios solía haber señoras y señoritas de luto con mantos negros, que limpiaban cuidadosamente las tumbas con una escobilla, o las adornaban con flores naturales o artificiales.

Por la mañana, cuando me levantaba temprano, cruzaba el bulevar Jourdan, y marchaba con frecuencia a las afueras de Gentilly y de Montrouge, hacia los parajes aún no edificados. Sentía el romanticismo y el salvajismo de aquellos lugares, que encontraba paralelo con el de mi espíritu.

El viento hacía temblar las florecillas salvajes nacidas entre los escombros; pasaban los carros y los camiones por el camino arcilloso, descarnado por las lluvias primaverales; las barracas pequeñas, de gente pobre, a veces de aspecto cómico, como de animales agazapados, comenzaban a espirar el humo por el tubo de la estufa; el farol brillaba todavía a la pálida claridad de la mañana, y se veían por encima de las tapias bajas de un cementerio las copas negras de los cipreses. La casa leprosa de las afueras, derrengada y con la pared verde por la lluvia, me daba una impresión menos siniestra que el edificio nuevo, recién construido y pintado, que parecía de juguete. Se oía a veces el lejano redoble de un tambor.

Sí; las afueras de París son tristes, de una tristeza dura y desolada; las de Roma son más teatrales y melancólicas: las de Madrid, ásperas y trágicas; las de Londres, negras y fangosas.

Yo, que recorría con frecuencia, los domingos, las afueras de Madrid, andaba por las de París como si las conociera de antemano. Eran como un viejo amigo del que sabía sus secretos. La casa pobre, con su corral y sus gallinas tísicas, la tienda de comestibles sin gente, la taberna con tipos poco tranquilizadores, me parecían casi las mismas.

Todas las afueras de los pueblos grandes son muy parecidas; sombrías de día y lúgubres y siniestras de noche. Esta mezcla de ciudad y de campo es siempre algo híbrido y estéril. Parece que la gran ciudad proyecta sus miserias materiales y morales hacia el exterior, y el campo amenaza con su soledad, su pobreza y su intención aviesa a la capital.

Los dos elementos dan lo peor que tienen: la ciudad, el tramposo, el estafador, la cortesana retirada, al mismo tiempo que los escombros, el cascote, las latas viejas y el papel sucio. El campo echa hacia la urbe el ladrón, el tabernero, el usurero, el fango en invierno y el polvo en verano.

El gusto del buen burgués de ir a vivir a las afueras es resultado de una ilusión; porque estas afueras tienen todo lo malo de la ciudad y del campo.

Adelantando en mis exploraciones, estuve en las canteras de los barrios próximos, y vi que eran asilos todavía de gente maleante.

No siempre iba hacia estos suburbios; también visitaba los parques próximos y los bulevares exteriores, en este ambiente de languidez del verano parisiense. En los

parques, las parejas se besaban delante del paseante con una cierta tendencia exhibicionista; en las terrazas de bares y cafés, la gente discutía, y los domingos por la noche, los grupos cantaban al volver a sus casas. Yo tenía el espíritu deprimido como un paisaje árido de rocas grises y secas.

Entre Gentilly y Montrouge, además de las calles con casas altas, vulgares y corrientes, había barriadas como aldeas, hechas con chozas y casetas de madera, limitadas con filas de estacas. En estas aldeas vivían extranjeros pobres, que tenían un aire más desesperado y más sucio que en sus propios países.

«Probablemente —pensaba yo—, la miseria es más dura con la humedad y el mal tiempo que con el sol. Se comprende que ser pobre en los pueblos del Mediodía no tiene las proporciones que el serlo en los países del Norte.»

La vuelta de las gentes hacia sus casas los domingos, al anochecer, me parecía lamentable. El padre y la madre, disputando con acritud; el niño o la niña, cansados, y el chiquitín, dormido en el cochecito.

«La verdad es que nuestra vida es pobre e inútil», me decía.

Los días de fiesta, en estas grandes ciudades como París, a pesar del sol estival, no tienen nada de alegres. La familia burguesa que sale a la calle lleva aire de mal humor; el hombre comprende, más o menos claramente, que el día de labor, entre su despacho y su café, está más entretenido; la mujer lleva un aire agrio y displicente; la chica va con más gusto sola a la escuela con sus amigas, y el chico levanta la nariz para soltar bromas impertinentes. Se ve que entre ellos no se dicen cosas amables. Todas las ocurrencias del chico, que tiene aire de pillo y de burlón, molestan a la familia. Señala lo desagradable: el borracho, la vieja pintada, el jorobado, el señor con una nariz deforme. Cuando vuelven, vienen todos riendo.

Al retirarme a casa, de noche, veía en los bancos del parque de Montsouris parejas que se estrujaban y se besaban. Luego oía la señal del guardián que avisaba, tocando una campana, que se iba a cerrar el recinto. Parecía el esquilón de una ermita perdida en el campo.

Una impresión de aldea que me gustaba era ver pasar a un cabrero con sus cabras por el bulevar Jourdan. Algunas se ponían en dos patas para morder las enredaderas de las tapias de la Ciudad Universitaria, y otras comían tranquilamente un pedazo de periódico viejo.

Uno de estos días de verano que volvía triste, malhumorado y descontento, al subir a casa me dijo Atalia Bartas:

—Aquí está una señora española que le espera a usted.

—¿A mí? Es raro. ¿Ha dicho quién es?

—Yo no la he entendido, me ha hablado medio en español. Me ha parecido que viene muy inquieta y muy furiosa contra usted.

—Bien, ahora voy a hablar con ella.

Al entrar en mi cuarto vi a doña Mágina, mi antigua patrona. Doña Mágina, que estaba sentada, al verme, se levantó con aire trágico, como impulsada por un resorte, y, sin más preámbulos, dijo con voz fuerte y metálica:

—Vengo por los treinta mil francos que le di a usted en Madrid, y que necesito inmediatamente.

—¡Ah, muy bien! —contesté yo con gran tranquilidad—. Espere usted un momento, y siéntese, si quiere.

—Estoy bien así.

Doña Mágina se encontraba vieja, arrugada, amarillenta y mal vestida, con un sobretodo gris y un sombrero del mismo color, ceñido a la cabeza como un casco. La pobre señora me recordó un buzo que saliera a la superficie del agua del fondo de los abismos. Sin duda, la boticaria suponía que yo me había gastado, en todo o en parte, el dinero que me había dado para comprar los específicos, y pensaba desarrollar una escena dramática, con recriminaciones y gritos. Quizá tenía preparados sus discursos y algunas frases desesperadas de efecto.

Al ver mi tranquilidad quedó sorprendida. Yo, sin decir palabra, saqué una llave del bolsillo del chaleco, abrí el cajón de la mesa, lo registré lenta y minuciosamente, y de un paquete de papeles, que desaté despacio, tomé uno, lo desdoblé, lo miré y dije a doña Mágina:

—Aquí tiene usted el cheque de los treinta mil francos.

Doña Mágina tomó el papel con gran sorpresa, lo contempló y lo leyó.

—Pero ¿no lo ha cobrado usted?

—Naturalmente que no. Ahí lo tiene.

—También le di a usted seis mil francos —añadió doña Mágina por decir algo.

—Esos me los dio usted para el viaje, y, naturalmente, me los gasté. El doctor Valverde lo puede atestiguar. No tiene usted derecho a reclamar nada —repliqué.

—No reclamo.

—Usted podía haber preguntado en el Banco si el cheque estaba cobrado o no, y evitarse el trabajo de venir aquí con aires dramáticos y ridículos a representar una

escena.

No era doña Márgara persona para reconocer que se había equivocado, y exclamó con cólera:

—Esta bien, está bien! No hablemos más. No tengo nada que decir. Beso a usted la mano, caballero.

—Adios! Buenas tardes!

La señorita Atalia acompañó hasta la puerta a doña Márgara, que se fue contenta y al mismo tiempo furiosa.

Yo pensé después que había estado duro y seco con mi antigua patrona; pero me encontraba malhumorado, y la actitud suya había sido un tanto estúpida.

Aquel final de: «Beso a usted la mano, caballero», me pareció grotesco, y me dio ganas de reír.

La señorita Bartas se enteró con detalles de lo que había pasado entre mi antigua patrona y yo; le pareció muy bien lo hecho por mí, porque demostraba honradez; pero pensó y dijo que podía haber estado más galante y atento con aquella señora.

—Con una mujer que piensa que uno le ha estafado se va uno a mostrar galante? Yo creo que, en justicia, le debía haber pegado una patada en el trasero.

Anadi esto por el gusto de escandalizarla.

—Que horror! Que horror, a una señora tratarla así! —exclamó la señorita Atalia, que no tenía la más ligera idea del humorismo.

Las mañanas de domingo que no trabajaba iba con la caja de pinturas que me había prestado Susana al parque de Montsouris. Tenía la vaga esperanza de que alguna vez la iba a ver allá.

En algún lienzo pequeño me dedicaba a copiar del natural. Notaba que adelantaba, que iba viendo en el dibujo y, sobre todo, en el color, lo que no había visto antes y que no era tan difícil la pintura del paisaje como había creído. Esto no me ilusionaba gran cosa.

Me colocaba siempre en un sitio apartado donde no hubiera mucha gente.

Uno de aquellos domingos en que estaba pintando, una chica pizpireta de ocho a nueve años, rubia, como una muñequita, se me acerca con atrevimiento.

—¡Hola señor pintor! —me dijo—. Viene usted a pintar al parque; ¿por qué no nos pinta usted a mi hermanito y a mí?

El hermanito era un chiquillo rubio, de cuatro o cinco años, redondo como una bola, vestido como un pelele, de lana azul.

—No sé hacerlo —contesté—. Pintar personas es mucho más difícil que pintar árboles. Además, tendríais que estar quietos mucho tiempo.

—¿Mucho tiempo?

—Sí.

—¿Cuánto?

—Pues mucho. Dos o tres días.

—Y usted, ¿no tiene niños en su casa?

—Yo, no.

—¿Y por qué?

—Porque no tengo.

—¿Y no tiene usted mujer?

—Tampoco.

—Entonces será muy pobre.

—Sí, bastante.

—Porque lo principal para un hombre es tener una mujer guapa y elegante.

—¿Tú crees?

—Claro que sí. Todo el mundo lo dice.

—Pero también hay hombres solteros.

—Sí, los pobres y los que no son guapos y no saben decir frases amables a las mujeres.

—Sí, puede ser.

—¿De qué país es usted?

—Soy español.

—Las españolas dicen que son guapas.

—Sí, eso dicen.

—Pero las francesas son tan guapas, más graciosas y visten mejor.

—No digo que no.

—Mamá dice que en ninguna parte se viste mejor que en París; pero aquí en este barrio, no se ven señoras elegantes. Hay que ir a los Campos Elíseos, al bosque de Bolonia y a la plaza de la Concordia. Yo he ido varias veces en auto.

—Bueno, bueno —dijo una institutriz que se acercó—, deja a este señor, que está haciendo su trabajo.

La niña se fue coqueteando con su hermanito rubio, que parecía también un muñeco.

«¡Qué instinto! —me dije yo—. Esta niña es una mujercita.»

Por la tarde de este mismo día, al salir, al anochecer, por el bulevar Jourdan con la idea de preguntar cuándo volvía de Inglaterra Till Fortuner, me encontré con la señora amiga de Susana, *madame* Frossard. Ella se detuvo con la idea clara de entablar conversación; yo la saludé.

—Está aquí Susana —me dijo.

—¿De veras? —pregunté.

—Sí, vaya usted mañana a verla. Ha estado un poco enferma, y, como venía cansada, su padre ha hecho que hoy se vaya a la cama.

—¿Qué es lo que ha tenido?

—Susana padeció hace años una lesión cardíaca, que ya se había compensado. Por eso, el padre la quería tener apartada del estudio y de todo esfuerzo, y no quería que se casara. Ahora, en la playa de Bretaña, donde han estado, ha tenido una afección reumática que le ha durado dos o tres semanas, y el médico teme que se le haya recrudecido la enfermedad. ¿Usted no ha recibido cartas de ella?

—Yo, ninguna.

—Y usted, ¿le ha escrito?

—Sí, varias veces; pero como no me contestaba, dejé de escribir.

—Ella se figura que usted le ha escrito y que su padre ha hecho desaparecer las cartas. Si mañana la espera usted en este parque, a la hora de costumbre, podrán hablar ustedes.

—¿Y cómo va a saber ella que yo la espero?

—Yo la telefonaré.

—¡Ah! Pues entonces estaré yo delante del Observatorio desde las cinco de la tarde.

Madame Frossard se despidió de mí. Yo quedé un tanto alarmado. No sabía si la enfermedad de Susana sería algo grave y de cuidado.

Dejé de ir al taller de Till, porque ya no me interesaba el que estuviera o no de regreso.

Al día siguiente, por la tarde, me presenté en el parque, delante del Observatorio, y poco tiempo después apareció Susana. Nos saludamos con gran emoción. Yo la miré y la estudié por ver si se veían en su rostro las señales de la enfermedad; pero no, tenía buen aspecto.

—¿Ya se ha tranquilizado usted? —preguntó ella.

—Sí, estaba muy intranquilo y muy asustado.

—He tenido una fiebre, pero no ha sido gran cosa.

—¡Mi querida Susana! —sin querer, la agarré de la mano, y ella se acercó a mí y

puso un momento su cabeza en mi hombro.

No quería, sin duda, que nos vieran en esta actitud los paseantes del parque, y se separó en seguida.

Hablamos después. Parecía evidente que el señor Roberts había escamoteado mis cartas a Susana y las que ella me había escrito.

—¿Qué ha hecho usted, Miguel, en este tiempo? —me preguntó ella.

—¿Qué quiere usted que hiciera? Aburrirme, entristecerme pensando en usted.

—Yo también he pensado mucho en usted.

—Sí, puede ser.

—¿Cómo? ¿Puede ser? No, pensaba en usted constantemente. Mi padre, con esa astucia de enfermo, inventó que le habían escrito que usted se había marchado a España. «¿Qué le pasará allá?», me decía yo; estaba muy inquieta.

—Yo, también.

Después de hablar largo rato de su enfermedad, volvimos a la misma conversación que tuvimos antes de marcharse ella a la playa del Norte.

—¿Leyó usted los libros que le dejé? —me preguntó.

—Sí, el libro de poesías de Paul Verlaine lo he leído muchas veces. Me he dedicado a la melancolía sin querer. Creo que esas poesías me han envenenado con su sentimentalismo.

—Eso nos ha pasado a muchos. Ya se curará usted.

—Sí, es posible, sobre todo si la veo a usted constantemente, como antes.

—¿Y lo de Proust?

—No me ha interesado; he empezado a leerlo, pero no me ha producido gran curiosidad.

—¿Y por qué?

—Es como una crónica mundana de cosas pasadas aquí; pero a mí no me interesa un suceso porque ocurra aquí o allá, sino por el suceso en sí. Además, ¡es uno tan poco mundano!...

—Es usted lógico consigo mismo. ¿Y lo de Verlaine?

—Eso me ha parecido de siempre y de todas partes.

—Es verdad, ¡qué bonito! Yo lloraba cuando leía sus poesías hace años:

*Il pleure dans mon coeur
Comme il pleut sur la ville;
Quelle est cette langueur
Qui pénètre mon coeur?*

También, ¡qué admirable aquella canción!:

*Écoutez la chanson bien douce
Qui ne pleure que pour vous plaire.*

*Elle est discrète, elle est légère:
Un frisson d'eau sur la mousse!*

—Sí, son canciones verdaderamente encantadoras; a mí mismo, que soy duro y poco inclinado a la poesía, me conmueve —dije yo.

—¡Bah! La dureza de usted es una broma.

Los días sucesivos, Susana adquirió un aire un poco lánguido y melancólico. Ya no quería dar paseos largos; cierto que los días de verano eran, por entonces, sofocantes. Así, siempre nos quedábamos en el parque Montsouris. Yo no la dejaba sentarse en los sitios que me parecían húmedos y sombríos.

—Es usted de los cazadores de moscas —decía ella en broma.

Como se ponía un poco de color en las mejillas y en los labios, parecía tan viva y tan fuerte como antes de su viaje y de su enfermedad. Al parecer, lo estaba. Sin embargo, hablaba mucho de la muerte y de la tristeza del tiempo que pasa con cierta delectación.

—¿Para qué ocuparse de eso? —le preguntaba yo.

Ella no contestaba.

Guardaba la fotografía de mi hermana que yo le había dado.

—La tengo que querer. Tiene un aire de muy buena chica —me decía.

—Lo es. Ella se entusiasmará con usted cuando la conozca.

Venían a saludarla algunas personas, y con ellas se mostraba tan alegre y tan amable, que me ponía de mal humor y se lo decía.

—¿Es que es usted celoso?

—Algo, sí, y soy exclusivo. Me preocupa usted; ya no me preocupan los demás: ni mujeres ni hombres.

—Pero eso es un sentimiento salvaje. Debemos vivir con los demás.

—A mí no me importan los demás.

Cuando hacía mal tiempo, su padre no quería que saliera de casa, y la obligaba a quedarse en el estudio. La visitaban compañeras de carrera y, a veces, los jefes principales del archivo donde trabajaba. Todos la contemplaban y la miraban. Su padre tenía un cuidado especial con las corrientes de aire, y andaba cerrando y abriendo puertas con grandes precauciones. Empleaba el aparato que le había regalado yo para matar moscas, y después solía estar con el aspirador eléctrico limpiando todos los rincones; luego observaba con ansiedad, con el matamoscas en la mano, si había algún insecto agazapado en algún rincón.

Mientras había personas de fuera, Susana se mostraba, como digo, alegre y animada; cuando nos quedábamos solos, tendía a la melancolía, al sentimentalismo y a la idea de la muerte. Sentada en una butaca, miraba al techo, recitaba versos y se alisaba el pelo rubio con su mano larga y fina.

—Si yo me muriese, ¿qué haría usted, pobre Miguel, que tiene una idea tan negra de sí mismo y de los demás?

—Si a usted le sonrío esa idea, no me la comunique usted a mí, que me horroriza;

sea usted buena también para mí, y no sólo para las personas que la visitan.

—Somos muy diferentes, pero nos entendemos y nos entenderemos siempre muy bien. Usted, serio, y yo, no. Un poco de broma nos acerca uno al otro.

—¿Y por qué tiene usted esa obsesión de la muerte? ¿Por esa fiebre que ha padecido en Bretaña?

—No, ese ataque reumático o artrítico creo que no tiene importancia; pero, por eso o por cualquiera otra cosa, se puede una persona morir. Esa idea no me impide ser muy feliz.

Hablé con el médico de casa, y me dijo que creía que la enferma se repondría rápidamente, y añadió que sería lo mejor que pasara los meses fríos del invierno en un país de sol.

La conversación de Susana era mezcla de intelectualismo y de espiritualidad. Recordaba muy bien todo lo que había leído, tenía una gran memoria, contaba con mucha gracia lo que había hecho en la infancia y en la adolescencia. Las primeras impresiones de la escuela y del Liceo, los cuadernos que había hecho con sus poesías favoritas. Había cambiado, según decía, mucho de gusto, porque al principio admiraba a Corneille y a Racine, y, al último, a Verlaine y a Laforgue.

Yo vivía fuera de mi vida normal, excitado, muy contento, y, en parte, también irritado. Dormía mal y leía los libros que ella me prestaba.

Al acercarse octubre Susana me dijo de su padre, por consejo del médico, había decidido llevarla a pasar el invierno a El Cairo. Me quedé aniquilado.

—¿Qué va usted a hacer aquí solo cuando me vaya? —me preguntó ella.

—¿Qué he de hacer? Trabajaré como un negro y, para consolarme, leeré sus cartas, porque supongo que me escribirá.

—Todos los días.

Cuando llegó el día fijado fui, una mañana de sol claro, cruzando el parque de Montsouris, que estaba desierto, a su casa.

Tenía el equipaje ya hecho; pero el señor Roberts estaba inquieto y desasosegado, mirando a cada paso el reloj. Susana estaba tranquilamente leyendo. Estuvimos hablando de lo que íbamos a hacer cuando volviera.

El señor Roberts, que entraba y salía nervioso, envió a la criada al bulevar Jourdan para que trajera un auto.

Después empezó a decir que la criada tardaba mucho, que quizá habría alguna huelga de chóferes, y, cuando llegó el automóvil, Susana dijo que todavía les sobraba una hora para ir a la estación. El señor Roberts siguió con sus maniobras inquietas, haciendo mil preguntas y mirando constantemente el reloj.

—Yo creo que debíamos ponernos en marcha, Susana.

—Bueno, bueno. Como quieras. Todo será que, en vez de esperar aquí, esperemos en la estación.

Bajamos Susana, su padre, la criada y yo con una porción de bultos y de maletas; entramos en el automóvil, y, al comenzar a andar, el señor Roberts quiso levantar uno de los cristales del coche, y vio que estaba roto y que había en él una mosca aplastada. Esto le produjo verdadera indignación; entonces notó que el auto estaba sucio; quiso bajarse y cambiar de vehículo; pero Susana le tranquilizó y le dijo:

—Vamos a perder el tren, papá. No te preocupes; la estación está muy cerca.

Pasamos por la plaza de Italia, que me recordó la tarde de feria en que estuvimos Susana, Valentina y yo; después fuimos por delante de la Salpêtrière y cruzamos el río por el puente de Austerlitz.

El Sena estaba espléndido, brillando, ante un sol claro de otoño.

—¡Qué bonito es mi pueblo! —dijo Susana—. ¿No lo reconoce usted?

—¡Sí, no lo voy a reconocer!

—No sé para qué este bruto inmundo nos ha traído por aquí —refunfuñó el señor Roberts...; por el otro puente hubiéramos llegado más pronto.

—No —dijo Susana—, por aquí es por donde vamos directamente a la entrada.

Llegamos a la estación, y el señor Roberts, siempre llevado por su inquietud, hizo una porción de maniobras inútiles y riñó con todo el mundo.

Como había corrientes de aire en la estación, yo levanté un poco el cuello del abrigo de Susana para que no se enfriara.

—Tome usted precauciones —le dije—. Una convaleciente tiene que fijarse en todo lo que le puede hacer daño.

—Usted va a ser también de los cazadores de moscas.

—¡Quizá! La he cazado a usted, que es, como dicen aquí, una fina mosca.

—Porque yo me he dejado cazar —replicó ella.

—Ya lo sé; no he sido nunca un don Juan.

—Eso también yo lo sé.

—Así, ¿que se siente usted completamente cazada?

—¡Completamente! ¿Y usted?

—Yo estoy ya como los conejos o las liebres que lleva el cazador en el morral.

—Cuando vuelva, haga usted sus preparativos.

—¿Qué preparativos?

—Preparativos matrimoniales. Pida usted sus papeles. Yo haré lo mismo. ¿Está usted contento?

—¿Cómo no estarlo?

Vimos al señor Roberts que iba y venía seguido de la criada, preguntaba algo a un empleado, subía a un vagón, salía después, discutía con los mozos; Susana y yo le veíamos y seguíamos con nuestra conversación.

En esto, un empleado gritó para que los viajeros entraran en el vagón. Susana se retrasó un momento y me presentó la mejilla. Yo, perdiendo un tanto mi habitual

prudencia, la besé en los labios.

—¡Adiós, cazador de moscas! —me dijo ella riendo.

Fuimos de prisa hacia el vagón. Ella se asomó a la ventana y me preguntó:

—¿Es usted ahora optimista?

—Sí —dije yo.

Poco después el tren comenzó a alejarse suavemente.

Después vino para mí un período oscuro y triste, dedicado al trabajo. Mi único consuelo era el recibir sus cartas: éstas eran muy amenas y alegres.

Al parecer, estaba ya bien. Se quejaba de las excesivas precauciones que tomaba con ella su padre. No la dejaba vivir. Tenía que tomarse la temperatura todos los días; no podía salir de noche; las horas de sol eran malas, porque había polvo; a las proximidades del río no se podía ir, porque había humedad.

Egipto era un mal país para los cazadores de moscas, porque había demasiadas.

De pronto, unos días sin carta. Después, un telegrama. Susana había muerto en un accidente de automóvil.

Gran dolor. Embrutecimiento. Toda la ilusión de mi vida se desvanecía; el único anhelo que había tenido y que tendría probablemente. En la casa y en la calle, en la vigilia y en el sueño, su imagen me perseguía. Recordaba la mirada, su sonrisa, y, sobre todo, su voz, y esto no me producía consuelo, sino cansancio y desesperación. Una parte de mi alma quedaba serena y fría, y protestaba de esta preocupación excesiva. Ella me sugería la idea de que mi tristeza era una rutina, un lugar común, una transigencia con mi sentimentalismo convencional. Ahora veía que mis intentos de dar seguridad a la existencia habían salido fallidos. No había seguridad contra el Destino y contra lo determinado por las contingencias del azar. Se temían las moscas, y el peligro llegaba en un automóvil; se pensaba en la miseria, y se veía uno enfermo del tifus. No había manera de prever nada. Lo mejor era entregarse a los acontecimientos, no tomar precaución alguna.

«¡Ya! ¡Basta de trabajar noche y día!», me dije.

Ya no tenía ninguna ambición. Todo aquel trabajo ingrato que había realizado durante tantos meses me parecía horrible.

Me decidí a hacer un gran viaje. Lo mismo me daba ir a un sitio que a otro; pero, en la época, era muy difícil para un español entrar en cualquier país.

Fui a varias agencias, y comprobé la dificultad.

—¿Por qué no va usted como turista a Italia? —me dijeron en una de esas agencias—. Eso, probablemente, será lo más fácil. Nosotros se lo arreglaremos a usted.

Fui a Italia, y anduve de aquí para allá, viendo muchas cosas y sin fijarme fuertemente en ninguna. Cuando me iba a faltar el dinero, me presenté en Roma, en el Consulado español, y entré en la zona nacional por Cádiz.

XXIX

Y ahora escribo estas cuartillas en una ambulancia del frente, en mi laboratorio, donde hago anís y fabrico sueros. Por el cielo pasan, a veces, cientos de aeroplanos. Resuena constantemente el estrépito de los cañones. Veo todos los días heridos y muertos. Me he acostumbrado a la idea de la muerte, y no me espanta.

No sé lo que pensará usted de mí, ni qué considerará usted auténtico y profundo en mi manera de ser, si la pasada tendencia al sentimentalismo y a la blandura, o la actual de dureza, de energía y de serenidad. Yo mismo no sé a qué atenerme.

París, abril de 1938.



PÍO BAROJA fue uno de los grandes exponentes de la llamada *Generación del 98*, conocido por su producción novelística, entre la que destacan títulos como *Memorias de un hombre de acción* (1935) y *Zalacaín el aventurero* (1908), que fue llevada al cine en dos ocasiones.

Nacido en San Sebastián, Baroja estudió medicina en Madrid y, tras un corto periodo como médico rural, volvió a la capital iniciando sus colaboraciones periodísticas en diarios y revistas como *Germinal*, *Revista Nueva* o *Arte Joven*, entre otras.

La postura política de Baroja fue evolucionando de una izquierda militante a un escepticismo que no le libró de problemas con la censura franquista al reflejar la Guerra Civil en *Miserias de la guerra* y *A la desbandada*, esta última todavía sin publicar.

La obra de Baroja combina tanto novela como ensayo y memorias. *Memorias de un hombre de acción* apareció en forma de 22 volúmenes entre 1913 y 1935. Además, Baroja agrupó su obra en varias trilogías, como *Tierra vasca*, *La vida fantástica* o *La lucha por la vida*.

Baroja fue un novelista influyente y entre sus admiradores se cuentan autores nacionales, como Camilo José Cela, e internacionales, como lo fueron Ernest Hemingway o John Dos Passos.

Debido a su postura política y opciones personales, como su reconocido ateísmo, Baroja no disfrutó de demasiados reconocimientos en vida, aunque fue miembro de la

Real Academia de la Lengua desde 1935.